

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE  
LEGENDARIO

# Lou Carrigan

DON DIEGO



Lectulandia

Eran cinco valientes que se estaban divirtiendo. Porque en algo hay que pasar el rato, ¿verdad? Uno no puede pasarse la vida sin hacer nada, así que hay que elegir: o trabaja uno, o se divierte uno. No parecía que los cinco valientes tuviesen gran inclinación hacia el trabajo, pero sí hacia la diversión.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **Don Diego**

**Oeste legendario - 17**

**ePub r1.0**

**Titivillus 23-05-2019**

Título original: *Don Diego*  
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **DON DIEGO**

LOU CARRIGAN

## CAPÍTULO PRIMERO

Eran cinco valientes que se estaban divirtiendo.

Porque en algo hay que pasar el rato, ¿verdad? Uno no puede pasarse la vida sin hacer nada, así que hay que elegir: o trabaja uno, o se divierte uno. No parecía que los cinco valientes tuviesen gran inclinación hacia el trabajo, pero sí hacia la diversión.

¡Y qué bien que lo estaban pasando!

Uno de ellos, alto como una montaña y que se llamaba Dillings, era el que dirigía el grupo, el que tenía más inventiva para encontrar diversiones.

Y la diversión de aquella tarde era estupenda.

Primero, los cinco valientes desocupados que se aburrían en el porche de la cantina de Cofulla, Texas, bebiendo directamente de una botella de *whisky* que se iban pasando, estuvieron unos minutos contemplando a los niños que jugaban en la esquina, cerca del establo público.

Uno de los niños tenía un perro que era muy inteligente. Y muy obediente. El niño le tiraba un palo, y el perro iba corriendo y ladrando alegremente a buscarlo. Regresaba el chucho con el palo, y en lugar de dejarlo en el suelo, se alzaba sobre las patas traseras delante de su joven amo, que lo recuperaba fácilmente, y se lo volvía a tirar.

Y así, un rato, porque los otros niños, los amigos del afortunado dueño del perro, que por cierto se llamaba Billy, también querían tirar el palo para que Billy fuese a buscarlo.

Hasta que el tal Dillings dijo, como muerto de asco:

—Es listo ese perro.

—Sí —dijo otro—. Es un chucho listo, el condenado.

—Pero que muy listo.

—Ya lo creo: ¡muy listo!

—Y esos mocosos se están divirtiendo.

—Seguro.

—Y nosotros nos estamos aburriendo.

—Asco de vida.

—Sí —reflexionó Dillings—, ¡asco de vida! Estoy pensando que podríamos divertirnos nosotros.

Los demás se quedaron mirándolo. La idea de ponerse a jugar con el perro y los niños estuvo un momento como circulando de una a otra de aquellas podridas mentes. Pero no. Claro que no... Dillings no era de los que jugaban con niños. Ni con perros. ¿Qué demonios se le habría ocurrido a Dillings?

Lo supieron muy pronto. Dillings entró en la cantina, y salió al poco con un montón de botes vacíos en los brazos. Se fue hacia donde estaban jugando los niños, y dejó caer los botes al suelo. Los niños y el perro se quedaron mirando al hombre.

—A ver, vosotros, atadle al perro esos botes en la cola.

Uno de los amigos de Dillings rió, se puso en pie, y se acercó, seguido casi inmediatamente por los otros. Los niños miraban al hombre en silencio. El perro había ladeado la cabeza, y parecía el ser más inofensivo, bondadoso y confiado del mundo. No esperaba nada malo de nadie, claro que no.

—¿No me habéis oído? —gruñó Dillings—. ¡He dicho que le atéis al perro esos botes!

—No señor —dijo el niño dueño del perro—. No quiero hacerle eso a Billy, señor. ¡Se asustaría!

—¿Quieres que te limpie los mocos de un guantazo, niño? ¡Venga, haced lo que os he dicho o empiezo a tortas con todos vosotros!

Uno de los niños echó a correr, pero un amigote de Dillings lo agarró por el fondillo de los pantalones y lo alzó, riendo. Los demás comenzaron a reír a su vez. El perro ladró tímidamente.

—¡Qué sucio estás, niño! —dijo el valiente que lo tenía suspendido por los pantalones.

—Habría que bañarlo —sugirió otro valiente.

—Sí —rió Dillings—, ¡habría que bañarlo!

Con la mirada señaló el cercano abrevadero. El valiente que sostenía alzado al niño miró hacia allí, soltó una risotada, y se fue para allá. El niño comenzó a gritar y a llorar. Algunas personas, que se habían detenido en diversos puntos de la calle Mayor de Cofulla, palidecieron. Pero eso fue todo. Permanecieron como clavados al suelo, pálidos, mientras el sujeto dejaba caer al niño en el abrevadero.

Los cinco valientes comenzaron a divertirse. ¿Qué había de malo en bañar a un niño? El niño lloraba, pero ya se sabe: todos los niños detestan bañarse, ¿a que sí?

—Os voy a dar a elegir —dijo Dillings—: o hacéis lo que os he dicho, o le meto una bala en la cabeza al perro. ¿Qué os parece la idea?

Lógicamente asustados, y dirigidos por el dueño del perro, los niños comenzaron a atar los botes a la cola de Billy, que se resistía débilmente, mirando a su amo como desconcertado, como si se estuviera preguntando si aquello podía ser algo malo para él. No, no podía serlo, ya que su amo intervenía en ello. Y como todo buen perro, Billy adoraba a su amo. No temía nada de él.

Pero los botes vacíos quedaron atados a la cola de Billy, que quedó allí parado, indeciso. No conocía aquel juego. Miró a su amo, como preguntándole qué tenía que hacer ahora.

Dillings resolvió las dudas de Billy. Sacó el revólver, apuntó a uno de los botes, y disparó... Al instante siguiente el que salía disparado era el perro, aullando aterrorizado por el estampido y por el tirón que aquel bote alcanzado por la bala del hombre había dado a su cola. Dillings volvió a disparar, pero la bala no alcanzó esta vez uno de los botes, sino que alzó un surtidor de tierra y polvo delante del perro, que aulló enloquecido de miedo y siguió corriendo, ahora en otra dirección.

Los otros cuatro valientes comenzaron a disparar. Los botes saltaban de un lado a otro, el perro aullaba en el paroxismo del miedo, iba de un lado a otro, caía, recibía golpes de los botes. El pequeño Al Warren lloraba a lágrima viva llamando a su perro. Los demás niños estaban paralizados de espanto. En la calle ya no quedaba nadie. Sólo los niños, el perro, y los cinco valientes, disparando.

Entonces apareció el jinete, por la punta norte de la calle Mayor. El caballo que montaba parecía estar en las últimas, tan cubierto de polvo como el jinete, pero mucho más cansado. El jinete era alto, delgado, de hombros anchos. Sus ojos eran negrísimo, como la leonina melena que aparecía bajo el sombrero de alas cortas y rectas y copa plana. Lucía un hermoso y señorial bigote, bajo el cual los finos labios se fruncieron al presenciar la escena.

Siguió cabalgando, fija la mirada en el perro, que ahora, pese a los disparos que rebotaban a su alrededor, se había detenido y yacía en el suelo encogido, temblando en el colmo del miedo. Era como si esperase que le matasen, único modo de recuperar la paz.

El jinete siguió cabalgando, impávido, metiéndose en las líneas de tiro de los cinco valientes, que respingaron. Dillings lanzó una maldición y añadió:

—¡Quítate de en medio, mexicano!



El jinete volvió la cabeza hacia Dillings. Eso fue todo. Lo miró, y eso fue todo... mientras seguía cabalgando despaciosamente hacia donde estaba el perro.

¿Mexicano?

Tal vez sí, tal vez no.

Su bronceado rostro, todos sus rasgos, sus negrísimos ojos, su bigote, y su sombrero de hacendado decían que sí, que era mexicano. Y también sus pantalones charros y sus botas. Pero su cazadora color tierra y su camisa negra parecían de un tejano cualquiera. Y, sobre todo parecía tejano el modo en que llevaba el revólver.

A lo mejor sí que era mexicano.

Y seguía hacia el perro.

—¡Maldito grasiento! —vociferó otro valiente—. ¡Quítate de en medio, idiota!

Esta vez, el jinete ni siquiera volvió la cabeza. Llegó junto al perro, se inclinó, lo agarró por la piel del cuello, y lo colocó ante él en la silla de montar. Calmosamente, estuvo acariciando la cabeza del perro durante unos segundos. El animal emitió un ladrido tremolante. El jinete sacó un cuchillo que refulgió al sol de la tarde, y cortó los cordeles que sujetaban los botes. Cuando terminó, el pequeño Al Warren estaba junto a él, con el rostro lleno de lágrimas.

—Señor —sollozó—, es mío... ¡El perro es mío!

—¿Estás seguro, chamaco?

—Sí, señor, es mío... ¡Es mío!

—¿Y lo quieres?

—Sí, señor... ¡Sí, señor!

—Apuesto a que él también te quiere a ti. Los perros son unos amigos muy fieles, ¿sabes? Yo tuve uno una vez, y cuando se murió de puro viejo estuve llorando mucho tiempo, mucho, mucho tiempo. Claro que entonces yo era un chamaco no más. Ahora ya no lloro. Y tú tampoco debes llorar, créeme. Hagamos un trato: tú dejas de llorar, para que tu perro no se entristezca al verte, y yo te lo devuelvo. ¿Hace el trato?

El pequeño Al asintió, se pasó las manos por la mojada cara, y contuvo los sollozos. El jinete estuvo mirándole sonriente unos segundos, aprobó con un gesto, volvió a agarrar al perro por la piel del cuello, y lo descendió a los brazos del niño, que echó a correr torpemente, seguido por sus amigos, uno de ellos chorreando el agua empapada por sus ropas en el abrevadero.

Algunas personas habían regresado a la calle. A unos treinta pasos, los cinco valientes miraban fijamente al jinete. Éste miró alrededor, vio precisamente cerca de los valientes el establo público, y se dirigió hacia allí. Desmontó delante, y dio unas palmadas en el cuello de su caballo.

—Ahora podrás descansar, compadre. Te has portado...

—Oye, tú, mexicano —rebuznó Dillings.

El mexicano lo miró.

—Diga usted, gringo.

Dillings entornó los párpados.

—Conque gringo, ¿eh? ¡Tienes la lengua muy suelta!

—No más que usted, que me ha llamado mexicano. Y como soy mexicano, no me he dado por ofendido. ¿Se ha ofendido usted porque le he llamado gringo, señor? ¿No es usted gringo? Si no lo es, le ruego que me disculpe. ¿Qué es usted, señor?

—Soy norteamericano.

—Pues eso —sonrió el mexicano—: un gringo.

—¡Te voy a partir la cara!

Las cejas se elevaron displicentemente en el aristocrático rostro del mexicano. Y de pronto, se echó a reír. Sin más, dio un par de palmadas al cuello de su caballo, y se dispuso a entrar en el establo.

Frente a él y un poco a su derecha, Dillings había enrojecido violentamente.

—¡Mexicano! —aulló.

—¿Gringo? —le miró de nuevo el forastero.

—¡Te voy a partir la cara!

—Ya le oí: no soy sordo. Pero ¿qué quiere que haga yo? Si quiere partirme la cara, venga a hacerlo, eso es todo.

—¡Te voy a partir la cara, y luego te ataré a los huevos esos botes que llevaba el perro!

—Mucho me temo, señor, que no va a tener usted acceso a mis huevos. Y dicho sea de paso, los reservo para otros menesteres.

—¡Te los voy a cortar!

—¿Sabe, señor? Usted ladra demasiado.

—¡Hijo de...!

Mientras lanzaba el insulto, Dillings se abalanzó rabiosamente contra el mexicano, que no se inmutó en absoluto. Simplemente, cuando Dillings estuvo al alcance de su pierna la alzó, y el pie se incrustó entre las ingles del gringo, alcanzándole de lleno en los testículos. Dillings lanzó un berrido, se

llevó las manos al lugar golpeado, y cayó de bruces sobre el polvo, demudado el rostro.

Enseguida, el asunto se complicó.

Dos de los amigos, de Dillings, quizá porque de pronto valoraron al mexicano en su justo término, permanecieron inmóviles, tensos. Los otros dos se lo tomaron por la tremenda, y llevaron las manos a sus revólveres.

El del mexicano salió de la funda como un rayo. Como un auténtico rayo a pleno sol, y, firmemente empuñado por la elegante y fuerte mano bronceada, crujió por dos veces, tan seguidas que parecieron un solo disparo.

Unos pasos más allá, los dos amigos de Dillings gritaron al recibir los plomazos. El primero en el hombro derecho, el segundo, más peligroso porque ya tenía el revólver fuera de la funda, en pleno corazón, que salpicó como un escupitajo de sangre por el boquete de ropa y carne.

Los ojos del mexicano, que parecían ahora dos trozos de hielo negro, se desviaron hacia los otros dos. No dijo nada. Sólo los miró, y los dos hombres palidieron, todavía más.

El mexicano se desentendió de ellos, giró de nuevo hacia el establo... y terminó completamente el giro, describiendo una circunferencia, al terminar la cual disparó de nuevo. Cinco o seis pasos más allá, arrodillado, ya con el revólver en la mano, Dillings emitió un horripilante alarido cuando la bala le alcanzó de lleno en la mano derecha, y la reventó en rojo surtidor, para terminar lanzando lejos el revólver. Dillings comenzó a aullar y gemir, observado por el mexicano con curiosidad, casi con pasmo.

—Pero, señor —dijo—, no se lo tome así... ¡Podía haberlo matado, y sólo lo he dejado manco! Y ahora que recuerdo, señor: ¿decía usted algo de mis huevos? ¿No? Debo estar confundido. Buenas tardes, señor.

Finalmente, entró en el establo, junto a cuya puerta, protegido del posible tiroteo, estaba el encargado, que se quedó mirando con expresión desorbitada al mexicano.

—Buenas tardes, señor —saludó éste—. ¿Querría usted comprarme el caballo?

—Bu... bueno, yo... yo no..., no sé...

—Es un buen caballo, señor. Si lo ve usted así es sólo porque está cansado, el pobre. Quería llegar cabalgando ésta misma noche a Laredo, y me temo que he abusado del animal. Así que lo vendo, para que descanse, y tomaré la diligencia. ¿Verdad que pasa por aquí la diligencia que viene desde San Antonio hacia Laredo?

—Sí... Sí, señor.

—Bueno, pues eso. Usted me compra el caballo, yo tomo un pasaje para la diligencia, y le damos un respiro al penco. Pero es un buen caballo; señor... ¿Quiere verle los dientes? Vea, señor.

Atrajo al caballo por las bridas, y le alzó los belfos. El mexicano no mentía: Era un caballo joven y sano, y él encargado del establo se dio cuenta en el acto.

—Bueno... Podría darle por él veinticinco dólares...

—Es poco, señor.

—Emmm... ¿Treinta? No puedo darle más, de veras.

—Pues treinta. Muchas gracias, señor.

El mexicano desensilló el caballo, observado por el encargado del establo. Una bonita silla, sencilla, negra, vieja, de calidad pero sin extravagancias de ninguna clase. En la silla estaba la funda para el rifle Winchester, cuya culata sobresalía, y, al otro lado, un largo látigo de piel de toro, de una sola pieza.

—Ya está —dijo el mexicano—. ¿Me quiere decir dónde está la oficina de la Texas Overland, si es tan amable? Bueno —sonrió simpáticamente—, y, tiene que darme los treinta pesos, señor.

—Sí, enseguida. Un momento.

El hombre fue hacia el fondo del establo, donde tenía un pequeño cuarto, en el que entró. Salió al poco, con billetes y monedas, que entregó al mexicano. Éste no contó, simplemente se embolsó el dinero, diciendo:

—Gracias por todo, señor.

—Oiga... ¿Usted sabe lo que ha hecho?

—¿Qué he hecho?

—Ha humillado y matado a uno de ese grupo... Gente de la peor calaña, se lo juro. No sabíamos cómo echarlos de aquí.

—¿No Hay *sheriff* en Cofulla? —se sorprendió el mexicano.

—Sí, sí, pero... Bueno, son cinco y...

—Eran cinco. Ahora sólo son dos y unos despojos.

—Demonios. ¡Usted es un fenómeno, amigo!

—Supongo que quiere decirme algo agradable, ¿verdad?, con eso de «fenómeno».

—¡Por supuesto! —respingó el hombre.

—Es usted muy amable. Perdome que no platique más tiempo con usted, pero he cabalgado mucho para llegar aquí antes que la diligencia, y no quiero perdérmela. Tengo que sacar el pasaje... ¿Me disculpa usted, señor?

—No faltaba más. Pero oiga... ¿quién es usted?

—Diego.

## CAPÍTULO II

El empleado de la línea de diligencias Texas Overland movió negativamente la cabeza.

—Créame que lo siento, pero no puedo venderle el pasaje, señor. La diligencia viene llena desde Santone, así que no puedo vender más pasajes. De verdad, lo siento.

Diego se quedó mirando el dinero que había depositado ante la ventanilla.

—Vaya... Bueno, se me ocurre que quizá alguno de los pasajeros termine su viaje en Cofulla, en cuyo caso...

—No señor: todos van a Laredo. Me gustaría mucho poder ayudarlo, pero...

—¿Le gustaría? ¿Por qué?

—¡Hombre...! Lo que usted ha hecho merece pasaje gratis, se lo juro. Y se lo regalaría si hubiese sitio en la diligencia.

—Pero yo no quiero regalos, señor. Quiero pagar. ¿Y en el techo?

—Imposible. Viene muy cargada. Mire, telegráficamente me advirtieron qué este viaje no podía admitir ningún pasajero más de ninguna manera. ¡Maldita sea!

—Mala suerte. Bueno, quizá podría comprar un penco por treinta dólares... No será como el mío, pero al menos estará descansado. Tendré que volver al establo, a ver si...

—¿Por qué no hace una cosa? Espere a que llegue la diligencia, y entonces miraremos si se puede acomodar en ella de algún modo. Siempre estará a tiempo de comprar un penco de treinta dólares.

—Se lo agradezco. Esperaré.

Cargó con la silla de montar, salió al porche del parador, colocó adecuadamente la silla, y se sentó. Alrededor de él comenzó a formarse, aunque a respetable distancia, un semicírculo de pasmados mirones. Diego sacó un cigarro, mordió la punta, y lo encendió. Se estaba bien allí, descansando después de haber cabalgado bajo un sol de cien mil demonios. Se echó el sombrero hacia atrás, dejando libre su negra melena leonina.

Frente a él, dos jovencitas lo miraban con los ojos muy abiertos. Diego guiñó un ojo, y las dos jovencitas enrojecieron y soltaron unas risitas.

Un grupo de hombres se acercó, tímidamente. Diego los miró, con un gesto amable, pero especulativo.

—Oiga, amigo —dijo el más decidido—, ¿aceptaría tomar un trago con nosotros?

—¿De tequila? —preguntó Diego.

—De lo que usted quiera.

—De tequila, entonces. Muchas gracias.

Se puso en pie, y, como olvidado de la silla, se dirigió en compañía del grupo hacia la cantina, seguidos por la mitad de la población. La otra mitad se estaba enterando de lo sucedido. El muerto estaba ya en la funeraria, y los dos heridos estaban siendo atendidos por el doctor Fawcett en la cantina. Los dos que quedaban ilesos palidecieron cuando vieron entrar a Diego en cabeza del grupo, pero el mexicano simuló no verlos..., hasta que estuvo ante el mostrador. Entonces se volvió, y los miró.

—¿Cómo les va, gringos? —saludó afablemente.

Se habría oído el vuelo de una mosca.

Alguien dijo que le sirvieran tequila al mexicano, a los pocos segundos. Éste tomó el vaso, bebió un sorbo, y aprobó.

—Es mala —dijo—, pero la voluntad de ustedes es buena. A la salud de todos. O de casi todos.

—Oiga, señor —se adelantó un mozalbete—, ¿cómo lo hizo?

—¿El qué?

—Pues eso, ¡sacar como un rayo! Aquí nunca se había visto nada igual... ¡Nunca!

—Ni se verá —dijo el cantinero, sin dejar de servir rápidamente jarras de cerveza.

—¿Cómo que no? —lo miró sorprendido Diego.

—¡Hombre...! ¡Es imposible!

—¿Se apuesta una botella de tequila, señor? Si usted lo vuelve a ver, paga la botella, si no, la pago yo.

—¡Va la botella! —rió el cantinero—. ¡No creo que haya nadie capaz de...! ¡Hey!

Se había oído el ludir del cuero de la revólvera de Diego. El revólver salió y regresó en menos de un abrir y cerrar de ojos.

—¿Lo vio, señor? —preguntó el mexicano.

—La... la verdad es que... no muy bien...

—¡Paga la botella! —rió alguien—. ¡Paga la botella, Slim, o te linchamos entre todos!

El mozalbete consiguió reaccionar, y tartamudeó:

—Mi... mi madre... ¡Mi madre!

—Venga, venga, Slim, la botella de tequila para el mexicano —reían los parroquianos—. ¡Y regálale un limón, para acompañarla!

—Se lo agradezco, señor —miró Diego al que había dicho lo del limón—, pero yo no bebo la tequila con limón.

—¿No? Bueno, yo creía...

—No, si su idea es buena, señor, y la tequila se bebe de ese modo, pero no yo. Yo la bebo con unas gotitas de penca de nopal.

—Atiza —dijo el mozalbete—. ¡Atiza!

—¡Pero aquí no tenemos jugo de penca de nopal! —rió alguien.

—Pues por eso me voy a México. A lo mejor, a mi regreso paso de nuevo por aquí —miró hacia los sombríos Dillings y amigos—, y no me gustaría encontrar a las mismas personas. Bueno, a algunas sí, y a otras no. No sé si me explico.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó el mozalbete—. Y por la cuenta que les tiene...

Las batientes de la cantina oscilaron, dejando paso a un hombre alto y grueso, con cara de pocos amigos, y en cuyo chaleco relucía la estrella de latón de cinco puntas.

—¡A ver! —gritó—. ¿Qué demonios ha pasado aquí durante mi ausencia? ¡Y que se deje ver ese mexicano!

Hubo un revuelo, y quedó establecido un pasillo humano entre Diego y el *sheriff* de Cofulla. Éste se acercó, miró hoscamente a Diego, y masculló:

—Ya me han explicado ahí fuera... ¡Chóquela!

Casi media hora más tarde, alguien tuvo que gritar a pleno pulmón que llegaba la diligencia, para que lo oyera Diego, que no había conseguido destapar su botella de tequila, pues no daba abasto para aceptar invitaciones... ya que bebía con gran cautela.

—Señores, gracias a todos —dijo Diego—, y seguro que pasaré por aquí muy pronto. Pero ahora, con su permiso, tengo que ver si me admiten en la diligencia para llegar a México esta misma noche. ¡Gracias por sus atenciones!

Cuando Diego salió de la cantina ya todo el pueblo sabía lo ocurrido, y ni siquiera la llegada de la diligencia atrajo su atención esta vez. Envuelta en polvo, la diligencia se había detenido ya ante las oficinas y parador de la

Texas Overland, hacia la cual se encaminó el mexicano, rodeado de chiquillos pasmados, uno de los cuáles le tiró de una mano.

—¡Eh, señor! ¡Señor! ¡Soy yo, el dueño del perro!

—Hola, chamaco. ¿Todo bien?

—Sí, señor... Señor: ¿verdad que usted es amigo mío y de Billy?

Diego paseó su mirada por los expectantes amigos de Al, y acto seguido sonrió, guiñando un ojo.

—Ya lo creo que sí... ¡Somos muy amigos!

—¿Lo veis? —gritó Al Me Warren—. ¿Lo habéis oído?

Algunos hombres que seguían a Diego, entre ellos el *sheriff*, se echaron a reír. El polvo alzado por la diligencia se estaba posando lentamente. Dos empleados de la línea de diligencias se disponían a cambiar los caballos. Los pasajeros se estaban apeando, dispuestos a estirar las piernas, y posiblemente a tomar un trago en la cantina. El conductor había saltado del pescante, pero no el sujeto que había viajado junto a él, y que sostenía cruzado ante el pecho un rifle de repetición. Un guarda muy celoso de su deber, sin duda.

Diego apretó una sonrisa, y dejó de mirar al guarda. Dos hombres se habían apeado ya del polvoriento vehículo. Eran bien diferentes entre sí. Uno era de mediana estatura, más bien obeso, y vestido casi con elegancia. El otro era alto, flaco, de rostro anguloso, vestido de cualquier manera, y armado con un Colt de cachas blancas. El gordito se quedó en la acera de tablas, mientras el otro miraba a su alrededor. Buscaba la cantina, claro.

Otro hombre se había apeado. Debía tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años, y vestía bien, aunque no tanto como el gordito; como éste, no parecía llevar armas. Gente pacífica. El recién apeado se había vuelto hacia la portezuela, y tendía una mano. Ah, claro, iba a ayudar a una dama a apearse.

La dama apareció.

Fue como si el sol se quebrase sobre una montaña de oro. ¡Qué cabellera más rubia y más preciosa! Era una muchacha, que preguntó algo al hombre, el cual miró la inusitada animación en la calle, y encogió los hombros. Diego miraba a la muchacha, tan cerca de ella que pudo ver perfectamente el azul de sus ojos. Un azul angelical...

La muchacha también lo miró a él, y quedó inmóvil. Era muy bonita, de boca llena y sonrosada, y un cuerpo esbelto y bien formado, de líneas suaves, pero convincentes. Diego sonrió, y la muchacha desvió la mirada y se fue en pos del hombre hacia el parador de la diligencia.

Entonces se apeó la otra muchacha, sin ayuda de nadie. No podía ser más diferente a la anterior, aunque quizá era un poco más joven. Morena, de ojos



negros, boca roja, cuerpo rotundo y bellissimo, gesto altivo. Diego no necesitaba siquiera fijarse en su indumentaria para saber que era mexicana. La vio volverse hacia la diligencia, y entonces él se acercó rápidamente y vio a la otra mujer que se disponía a apear-se.

—Permítame, señorita —dijo Diego, en español.

Tendió su mano a la otra mujer, que la miró como sobresaltada, como si jamás hubiera visto una mano grande, bronceada y tan fuerte y elegante, al mismo tiempo. Aquella mujer también era diferente a las otras dos. Debía tener más de cincuenta años, era más bien gorda, de ojos pequeños y vivos y boca delgada y hosca. Pero los finos labios se estiraron en una sonrisa cuando, desviando la mirada de la mano de Diego, la posó en el rostro de éste.

—Señora... —sonrió Diego...

—Gracias, señor.

La mujer se apoyó en la mano y descendió. Diego se había quitado el sombrero. Se lo puso ante el pecho e inclinó levemente la cabeza.

—A sus pies, señora.

—Vamos, María Josefa —dijo la joven morena, impaciente.

—A sus pies, señorita —se inclinó de nuevo Diego.

—Gracias —replicó secamente ella.

—¡Viva México! —dijo Diego.

La gorda María Josefa rió. La jovencita morena miró a Diego con un destello que parecía de risa en sus hermosísimos ojos.

—Viva —dijo.

—¡Vivan los mexicanos!

María Josefa volvió a reír, y también se oyeron risas alrededor. La muchacha morena apretó los labios, dio media vuelta, y se dirigió hacia las oficinas. La gorda se alejó, mirando maliciosamente a Diego y diciendo:

—Vivan los mexicanos.

Diego volvió a inclinarse, sombrero al pecho. Cuando se lo puso, alzó la mirada hacia el guardia de la diligencia, que le contemplaba con curiosidad.

—Llevan mucha carga —dijo Diego, hablando de nuevo en inglés.

—Demasiada —gruñó el hombre.

—Vaya por Dios...

Miró la carga, con gesto de pesar. Había maletas, fardos atados con mantas, una caja... Mala suerte.

El conductor de la diligencia apareció en la puerta del parador, haciéndole señas al guarda.

—Fergus —llamó—, ven acá. Deja eso, hombre.

Fergus saltó a tierra, y entró en el parador, en pos del conductor.

—¿Qué pasa? —gruñó—. No me gusta dejar eso, Cronwell.

—Ven al despacho —gruñó el conductor.

En el pequeño despacho estaban el encargado del parador y el *sheriff*. Éste cerró la puerta cuando hubieron entrado Cronwell y Fergus, y miró a éste.

—Van a llevar otro pasajero —dijo.

—Imposible —negó Fergus—. No cabe. ¿No ha visto...?

—Irá arriba, con los equipajes.

—Que no, coño.

—Es conveniente que vaya —dijo el encargado de la línea—. Muy conveniente para usted, precisamente. Si alguien intentara asaltar la diligencia tendría una buena ayuda, palabra. ¿Ha visto a ese mexicano ahí fuera?

—Claro.

—Pues él es el pasajero.

—Ya llevo dos mexicanas —gruñó Fergus.

—¿Y qué quiere usted llevar a México? —farfulló el *sheriff*—. ¿Esquimales?

—No me gustan mucho los mexicanos —gruñó Fergus.

—Éste le gustará, hombre —dijo el encargado—. Es uno de esos tipos más educado que todos nosotros juntos. Y tira como un demonio.

—Ah, ¿sí?

—Seguro. Le diré lo que ha hecho hace un rato, y se convencerá de que puede ser un pasajero muy útil.

—Yo me basto para...

—Escuche, Fergus, el encargado de la línea soy yo, no usted —masculló el hombre—. Los pasajeros no saben lo que lleva esa diligencia, pero nosotros sí lo sabemos, ¿verdad? El envío se está realizando muy discretamente, y no creo que vaya a pasar nada, pero si pasa, usted tendrá una buena ayuda. Escuche, ese mexicano...

Afuera, el mexicano se había sentado en su silla de montar, tras guardar en ésta la botella de tequila. Su mirada estaba fija en la puerta de la cantina, en la cual había entrado el sujeto alto y delgado que llevaba un revólver con cachas blancas. El hombre obeso y elegante había entrado en el parador. Los caballos de fresco estaban siendo enganchados rápidamente. Desde Cofulla a Laredo había unas noventa, millas, y estaba claro que el propósito era que la diligencia llegase a Laredo antes de la noche.

Frente a Diego, el grupo de chiquillos, cada vez más numeroso, lo miraban extasiados. Diego sonrió, sacó rápidamente el revólver, y repuso los

cartuchos gastados. Lo volteó, regresándolo hábil, acrobáticamente a la funda. Los niños emitieron un «¡Ooooooh!».

La preciosa muchacha rubia y su acompañante salieron del parador, y se dispusieron a pasear arriba y abajo por la acera de tablas, mirando ambos con curiosidad a Diego. Seguro que ya se habían enterado de lo que había hecho el mexicano. El del revólver con cachas blancas se enteraría en la cantina, claro. Todos se enterarían. Todos. No se hablaba de otra cosa.

—¡Señor!

Diego volvió la cabeza. En la puerta del parador, el encargado le hacía señas. Diego acudió a la llamada.

—Lo hemos conseguido —sonrió el encargado—. Si no le importa viajar en el techo, puede subir a la diligencia.

—Claro que no me importa. ¡Y muchas gracias! Dígame cuánto le debo...

—No, no. De verdad, nada. Por favor, no insista.

—Bueno, pues... gracias de nuevo. Es usted muy amable, señor.

—Lo hago con gusto. Saldrán dentro de diez minutos. Puede cargar sus cosas, mientras tanto.

—Eso voy a hacer. Hasta la vista, señor.

El encargado se retiró, hacia el interior. En aquel momento salían las dos mexicanas. La de más edad miraba a Diego con expresión atónita. La otra no lo miró de ninguna manera.

—No se alejen mucho —dijo Diego—. Vamos a salir dentro de diez minutos.

—¿Usted va a venir en la diligencia? —se sorprendió María Josefa.

—Sí, señora.

—Pero si va completa, ya somos seis pasajeros...

—Iré en el techo.

—¡Qué horror!

—No es para tanto —sonrió Diego—. Aunque me gustaría más viajar dentro sólo por platicar con usted, señora. ¿De qué parte de México...?

—María Josefa —cortó la preciosa morena—, ¿tendré que esperarte mucho rato?

—Señorita —la miró Diego—, sólo estábamos...

—No hablaba con usted, señor.

—Es verdad. Las señoritas no hablan con un pelón como yo, ¿no es cierto?

—Es cierto —alzó la barbilla la mexicana.

—Pues me pongo a sus pies, por si prefiere usarme como alfombra. Y digo alfombra, porque las alfombras no hablan.

—¿Quiere hacer el favor de dejarnos en paz?

—Cómo no, niña. Pido mil perdones. A sus pies. Ya los de usted, mi señora doña María Josefa. Que Dios la guarde de las personas antipáticas.

María Josefa, que se había sonrojado, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar la carcajada, mientras la preciosa morena alzaba la barbilla y comenzaba a alejarse.

—No se lo tenga en cuenta —susurró María Josefa, al pasar junto a Diego—. Es que es una Salvatierra, ¿sabe?

—¡Aaaaah...! ¡Una Salvatierra!

—¿Conoce usted a los Salvatierra?

—No.

María Josefa volvió a reír, y se alejó en pos de la muchacha, de la cual parecía tirar su alzada barbilla. Diego movió la cabeza, giró para ir en busca de su silla, y tropezó con la rubia y angelical muchachita norteamericana, que soltó un respingo.

—Perdón —pidió el mexicano—. Perdón, perdón, perdón, señorita. Lo siento mucho.

—No se preocupe —sonrió ella—. No tiene importancia.

—Gracias. Señor, ¿cómo está usted?

El hombre que acompañaba a la rubita frunció el ceño.

—Muy bien, gracias.

—Lo celebro. Espero que la señorita también esté bien... Todavía queda un fatigoso viaje hasta Laredo. Si en algo puedo servirles, iré en el techo de la diligencia.

—¿Va usted a Laredo? —se interesó la muchacha.

—Así es. Y me alegra comprobar que voy en muy buena compañía.

—Me parece que no —rió ella—. ¡En el techo iré solo!

—Bueno —sonrió Diego—, pero cuando quiera refrescarme la vista me asomaré por la ventanilla para verla a usted... con el permiso del señor.

—Es mi padre —rió la muchacha—. Spencer Maxwell. Yo me llamo Gladys.

—Quedo rendido a sus pies, señorita Maxwell.

—¡Gracias! —rió de nuevo la muchacha—. ¿Y usted? ¿Cómo se llama?

—Diego.

—Diego... ¿qué más?

—Don Diego —sonrió éste.

Gladys Maxwell se echó a reír de buena gana. De pronto, abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Es cierto lo que hemos oído sobre usted?

—¿Qué han oído?

—Que ha matado usted a un hombre y ha herido a dos —dijo secamente el señor Maxwell—. Y todo ello, por un perro.

—Es cierto —admitió Diego—. Sucede que el perro era mejor que los hombres.

—¡No diga tonterías! —exclamó Maxwell.

—Es muy sano decir tonterías, señor. Mi abuelo siempre decía que los hombres listos deben soltar de cuando en cuando alguna bobada, porque así se les descongiona el cerebro. Espero, señor, que no tenga usted nada desagradable que decir sobre mi abuelo, a quien el buen Dios habrá perdonado sin duda sus numerosos pecados.

Gladys Maxwell volvió a reír, con cristalinas carcajadas. Más allá, María Josefa y la orgullosa señorita Salvatierra los miraban, la última fruncido el ceño.

—¿Y qué clase de pecados tenía su abuelo? —preguntó Gladys, sin poder dejar de reír.

—Pues... Bueno, el mayor de ellos fue tener muchos hijos.

—¡Eso no es un pecado!

—Es que... los tuvo con diferentes mujeres, señorita.

—Usted nos va a perdonar —dijo acremente Spencer Maxwell—, pero tenemos cosas que hacer.

—No hay nada que perdonar, señor. Les deseo un feliz viaje.

—Igualmente, don Diego —susurró Gladys.

—Iba a decir que quedo a sus pies, pero me temo que iré sobre su cabeza —dijo Diego.

Los Maxwell se alejaron, ella riendo, él hosco.

## CAPÍTULO III

Finalmente, la diligencia partió hacia Laredo, con un pasajero más que al llegar a Cofulla. En el techo de la diligencia, tendido boca abajo, Diego mordió uno de sus cigarros, tras ofrecer al guarda y al conductor, que aceptaron.

Con el estruendo del vehículo, de relinchos, y con las despedidas a Diego como flotando en el remolino de polvo, la Texas Overland enfiló la calle Mayor hacia el Sur. Poco después, Cofulla quedaba atrás. Había casi noventa millas de viaje por delante. Los cuatro caballos del tronco tiraban vigorosamente del carruaje.

—¡Agárrese fuerte, amigo! —rió Cronwell, agitando el largo látigo—. ¡Esto va en serio!

—Lo peor que puede pasar —dijo Diego— es que me meta el cigarro en un ojo, en lugar de en la boca.

Cronwell soltó una risotada. Fergus, el guarda, frunció el ceño, mientras su mirada se tornaba más atenta, escrutando en todas direcciones. No era ninguna broma el cargamento que llevaban... Claro que... ¿quién había de saberlo? De todos modos, alguien podía tener la idea de asaltar la diligencia aunque sólo fuese para desvalijar a los pasajeros.

Pasaron por Artesia Wells; y quedó atrás el condado de La Salle, poco después, cuando pasaron por Encinal, el último pueblo antes de entrar en el condado de Webb. Pero maldito si sabían esto el conductor y el guarda de la diligencia; para ellos, todo era Texas. No para Diego, que conocía muy bien el país. Tan bien, que sabía que no tardando mucho, entre Encinal y Webb, encontrarían la vieja posada de Demetrio, el mexicano que había engordado en Texas sirviendo comidas tan enchiladas que podían agujerear el estómago de un puma.

Diego se colgó por un lado de la diligencia, de modo que su cabeza, invertida, apareció en el hueco de la ventanilla.

—¡Hola! —saludó.

—¡Jesús! —exclamó María Josefa.

—No. Diego —dijo éste.

—¡Jesús, qué susto!

—Ah. ¿Cómo va el viaje?

—¡Se va usted a caer!

—Pierda cuidado, mi señora doña María Josefa. ¿Está usted bien? ¿La niña también?

Pese a estar al revés, Diego captó la furibunda mirada de la señorita Salvatierra, y sonrió.

—Todos estamos bien, gracias a Dios —dijo María Josefa—. ¡Tenga cuidado!

—Agradezco su preocupación. Señorita Maxwell: ¿bien?

—Muy bien, don Diego —sonrió la muchacha—. Gracias.

Diego volvió a sonreír, y echó un vistazo al sujeto del revólver con las cachas blancas. Regresó a su posición en el techo de la diligencia, y miró alrededor. No debía faltar mucho.

Y en efecto, no faltó mucho. Cuando Fergus divisó a los jinetes él ya los había visto hacía unos segundos. Eran cuatro, y aparecieron a la derecha del camino, cabalgando reposadamente. Pese a lo cual, Fergus soltó un gruñido, dio un codazo a Cronwell, y señaló los jinetes.

—¡Malo! —exclamó Cronwell.

—No se preocupen —dijo Diego—. No les van a lastimar, si ustedes se comportan con prudencia.

Fergus volvió la cabeza, irritado... Y palideció al ver la boca del revólver de Diego a pocos centímetros de su rostro. Diego sonrió.

—Señor —dijo—; pásame usted su rifle, por favor. Deseo de todo corazón que no le ocurra nada malo.

—La puta que te parió... —jadeó Fergus.

—Luego hablaremos de eso, señor. Ahora, pásame el rifle. Y usted, señor, ocúpese sólo de los caballos. ¿De acuerdo?

—Maldita sea tu estampa —masculló Cronwell.

—Ése es un insulto menor. Gracias por el rifle, señor... Vaya deteniendo los caballos, si es tan amable. Y no toquen sus revólveres hasta que estemos parados. Entonces, se quitan los cintos, por favor.

Cronwell comenzó a maldecir por lo bajo, mientras Fergus miraba de nuevo hacia los jinetes. Sí, eran cuatro, pero había cinco caballos, uno de ellos sin jinete. Un caballo negro, reluciente, de bellísima estampa, que no llevaba ni siquiera silla.

La diligencia se detuvo, por fin, envuelta en polvo. Comenzaron a oírse las voces extrañadas y hasta inquietas de los pasajeros. Los jinetes se colocaron dos a cada lado del coche, revólver en mano.

—¡Pantaleón! —gritó Diego—. ¡Hay uno armado ahí dentro! ¡Cuidado con él!

Uno de los jinetes, moreno, pequeño, seco, provisto de un bigote que le tapaba media cara, y con un sombrero charro que casi le tapaba la otra mitad, se acercó a la diligencia, ¡llevando de las bridas el caballo negro!

—Señor del revólver —dijo—, ¿quiere tirarlo afuera, señor, por favor? Mire usted que si me lastima, mi señor don Diego le va a arrancar el pellejo y los ojos... ¿Verdad, mi señor don Diego?

—¡Verdad! —rió Diego, en lo alto del coche.

—Ya oyó, señor. ¿Tira usted el revólver, señor?

Dentro de la diligencia, West Davidson, el tipo del revólver con cachas blancas, estaba lívido. No del susto, como los restantes pasajeros, sino de rabia.

—Son cuatro —susurró Spencer Maxwell—. Y está también ese maldito mexicano que tenemos encima. Piénselo bien...

Davidson apretó los labios, sacó el revólver, y lo tiró por la ventanilla.

—¡Gracias, señor! Y ahora, por favor, sean tan amables de salir todos, despacito y con las manos en alto, por favor.

—Tú y tu don Diego —dijo secamente la señorita Salvatierra, mirando a María Josefa—. ¡Ya ves lo que es, un bandido!

—¡Virgen María Santísima! —lloriqueó María Josefa.

—Así aprenderás. Salgamos.

Cuando hubieron salido todos, Fergus y Cronwell también estaban ya a pie, desarmados completamente, todos fueron agrupados a un lado del camino, y sólo entonces el diminuto mexicano del bigotazo y el enorme sombrero charro se acercó, a la diligencia de nuevo, llevando tras él el caballo negro.

—Mi señor don Diego, pásame la silla.

—¡Allá va!

La silla llegó fuertemente impulsada desde el techo de la diligencia, golpeando con tal fuerza a Pantaleón que casi lo derribó de la silla, para hilaridad de sus tres compañeros de asalto, todos ellos norteamericanos, uno de ellos más rubio incluso que Gladys Maxwell.

—¡Pantaleón, te haces viejo! —rió uno.

—¡Y estás flojo, so coyote!



—¡No te atontes, Pantaleón!

—¡Hijos de águila...! ¡Dejad de tocarme las bolas! —gritó el menudo mexicano.

—¿Qué bolas, manito? —le preguntaron—. ¡Ya no tienes!

—¡Pos luego me lo vas a decir en la cara, mamón, en cuanto le haya ensillado el caballo a mi señor don Diego! ¡Mamón, melón, pelón!

Los otros tres volvieron a reír. Pantaleón había desmontado ya, cargado con la silla, y procedió a colocarla rápidamente sobre el caballo negro, con una pericia que dejó estupefacto a Cronwell, el conductor.

—¡Mi señor don Diego está servido! —aulló Pantaleón.

Desde el techo, Diego saltó sobre el caballo negro, que relinchó alegremente cuando una mano del mexicano le palmeó el cuello repetidamente.

—¿Cómo te va, «Miami»? —saludó Diego—. ¿Me has echado de menos?

El caballo volvió a relinchar, y se alzó de manos, sin que Diego se despegase de la silla ni un milímetro.

—¡Ujele! —gritó Pantaleón, sacándose el sombrero—. ¡Así se monta, don Diego!

—Y que ya tenía ganas —dijo Diego—. Aquel penco me dejó las piernas torcidas, y ahí arriba se me estaban descoyuntando todos los huesos. Me alegro de verte, Pantaleón.

—¡Pos yo voy a llorar de alegría! —gimoteó Pantaleón.

Diego pasó junto a él dándole una palmada, y se acercó a los tres norteamericanos, a los que fue tendiendo la mano.

—Oversham... Delaney... Colby... ¿Todo bien, amigos?

—Todo bien, don Diego —aseguró Colby—. ¡Nos hemos reído mucho con Pantaleón!

—No me sorprende. Bueno, asegurados de que los pasajeros no llevan más armas. ¡Pantaleón!

—¡Mi señor don Diego! —aulló el mexicanito... que debía tener no menos de cincuenta años.

—A ver si las señoras llevan algo preocupante. Creo que no, pero nunca se sabe. ¡Y cuidado con tus manos pecadoras!

—Pero, mi señor don Diego, ¿cómo voy a saber si llevan algo preocupante si no les meto mano?

—Ya me has entendido, granuja.

Colby, Delaney y Oversham, éste más rubio que el sol, ya habían desmontado, y mientras dos de ellos mantenían bajo la amenaza de las armas a los cinco hombres, el otro procedió a registrarlos...

—Las señoras acá —dijo Pantaleón—. ¡Virgen de Guadalupe, y qué jamona está ésta!

—Se llama María Josefa —rió Diego, todavía a caballo—. Y es simpática, Pantaleón. Trátala con guante blanco.

—Seguro que sí, don Diego.

Para pasmo de todos, Pantaleón sacó unos guantes blancos de origen, pero sucísimos, que se puso con gestos señoriales, mientras Oversham, Colby y Delaney reían.

Pantaleón se colocó ante María Josefa.

—¿Lleva usted armas, doña?

—¡Jesús!

—¿Qué?

—Ay, Jesús, Dios mío...

—¡Y dale! ¿Lleva armas o no?

—¡Virgen María Santísima!

—Pos a ver si nos vamos a poner a rezar el rosario —farfulló Pantaleón; miró furiosamente a sus tres amigos—: ¡Al que se me ría lo frío!

—Pero, hombre —contuvo la risa Oversham—; ¡si nadie se está riendo! Bueno, me parece que don Diego sí se está riendo.

—¡Pos él puede reírse lo que le salga de las bolas, pero no tres mamones como vosotros! ¿Ta claro?

—Ta claro, hombre. Venga, termina. Tengo sed, y se nos acabó el *whisky*, ¿recuerdas?

Diego sonrió, se acercó a la diligencia, y alcanzó la botella, que había dejado allí, bien protegida, en previsión a posible rotura.

La tiró por el aire, avisando:

—¡Oversham!

El rubio la agarró al vuelo, la miró al trasluz, y suspiró.

—Tequila... ¡Bueno!

—¡Tequila! —gritó Pantaleón—. ¡Pásamela!

—Enseguida.

Oversham echó un largo trago, suspiró satisfecho, y pasó la botella por el aire a... Delaney, que la cazó y comenzó a beber.

—¡Malditos gringos! —aulló Pantaleón—. ¡Esa botella!

—Ya va, hombre —dijo Delaney, tras el trago.

Y la tiró... a manos de Colby, que reía tanto que no podía beber.

—¡Jijos del cruce de una víbora y un pedo! —bramó Pantaleón—. ¡Os cortaré la lengua, los labios y las bolas, y me haré una tortilla...!

—¡Jesús! —gimió María Josefa.

—¡Y José y María! —aulló Pantaleón—. ¡Y como ya está toda la familia, cierre la boca, doña!

—Ay, Dios mío...

—¡Pos no me ha salido beata! ¡Colby, si no me pasas...!

La botella salió por el aire, y Pantaleón la agarró dando un cómico salto para evitar que cayera al suelo. La abrazó, se sentó en el suelo, y echó un largo trago.

Luego dijo:

—Señor don Diego, que las mujeres no llevan armas.

Diego asintió, sonriente, mirando con ironía a las mujeres, que estaban pálidas. Aunque menos que los hombres, que se sentían sometidos a una humillación como nunca en su vida. Se estaban dando cuenta perfectamente de que ni Diego ni los otros cuatro hacían el menor caso; no les concedían importancia alguna.

—¿Cómo está lo de Demetrio, Pantaleón? —preguntó Diego.

—Pos bien. Todo bien, don Diego.

Éste asintió, miró a tos pasajeros, y movió la barbilla hacia la diligencia.

—Vuelvan a sus sitios. Nos vamos a tomar un descanso en lo de Demetrio.

—Pero, oiga —se adelantó el hombre obeso y elegante—, ¿qué van a hacer? ¡Llévense nuestro dinero, pero déjenos en paz!

—Usted es el señor Dennis Locker, el banquero, ¿verdad? —le miró amablemente Diego.

—Yo... ¿Cómo sabe...? Sí, soy... soy...

—Pues entonces, señor Locker, no se sorprenda tanto de que desdeñemos su dinero y queramos quedarnos con la diligencia. Usted me comprende, ¿verdad?

—Dios bendito —pareció a punto de desmayarse Locker.

—Otro beato —masculló Pantaleón, echando otro trago acto seguido.

—Suban al coche —ordenó Diego.

—Es usted un despreciable bandido —dijo secamente la señorita Salvatierra.

Pantaleón se quedó mirando pasmado a la muchacha. Diego ladeó la cabeza; la estuvo observando unos segundos, y, de pronto, dirigió el caballo

hacia ella. Se inclinó por un lado, la tomó por las axilas, y la sentó ante él de lado en la silla. Antes de que la señorita Salvatierra pudiera reaccionar, la besó en la boca, abrazándola fuertemente. María Josefa no pudo ni decir «Jesús». Pantaleón se quedó con la boca abierta, mientras se le deslizaba, una gotita de tequila por un lado. Oversham, Delaney y Colby sonrieron.

En brazos de Diego, la señorita Salvatierra se agitaba furiosamente, pero, de pronto, quedó inmóvil. Como una muñeca. Diego continuó besándola. El sol estaba rojo hacia poniente.

—Caray —dijo por fin Pantaleón—. ¡Caray!

El beso pareció eternizarse. Por fin, Diego separó muy despacio su boca de la de la muchacha, que en todo momento había permanecido con los ojos abiertos, inmóvil, rígida.

—Pantaleón.

—¡Don Diego!

—Esperadme en lo de Demetrio. La señorita Salvatierra y yo llegaremos más tarde.

Pantaleón quedó estupefacto. Acto seguido parpadeó y se puso en pie, con la botella en una mano.

—Ya han oído a don Diego. ¡Todos al coche!

—No —suplicó María Josefa—. ¡Don Diego, por favor, no lo haga, no lo haga...! ¡Mi pobrecita niña...! ¡No le haga eso, se lo suplico! ¡Se lo pido de rodillas!

Se dejó caer de rodillas, tendiendo las manos juntas hacia Diego, con el gesto de una oración suplicante. Su rostro estaba lleno de lágrimas enormes.

—Vaya usted con Dios, mi señora doña María Josefa —dijo Diego amablemente—. Y que él la consuele.

—No... No, por favor, por Dios, por la Virgen...

—Y por el Espíritu Santo —gruñó Pantaleón—. ¿No ha oído? ¡Todos al coche!

—No —gemía María Josefa—. No le haga eso a mi niña, no se lo haga, por Dios... No... ¡No!

—¡Oversham! —bramó Pantaleón—. ¡Ayúdame a subir a la gorda al coche!

Finalmente, con la gimoteante María Josefa dentro, la diligencia partió, escoltada por Pantaleón y los otros tres, que se habían hecho cargo de todas las armas. En un par de minutos, desapareció, dejando un rastro de polvo, hacia la derecha del camino que seguía hacia Laredo.

—Hermosa tarde —dijo Diego.

—Usted no merece ser mexicano —susurró la señorita Salvatierra.

—Antes me insultaron, pero no tan cruelmente —dijo Diego—. Contenga su lengua, niña. Si vuelve a insultarme hará el resto del camino a pie.

—Lo prefiero a ir con usted.

—¿Sí?

—Y no se atreverá a tocarme —jadeó ella.

—¿Por qué no?

—Porque lo mataré... ¡Le sacaré los ojos!

—Dios me asista. Vamos a ver eso.

Cachazudamente, Diego puso una mano sobre un pecho de la señorita Salvatierra, que respingó, palideció, y lanzó sus manos hacia el rostro del mexicano. Sin retirar la mano, Diego se limitó a acercar su rostro de nuevo al de ella, y la besó, apresando con sus labios los gorditos y rojos de la muchacha, mientras la controlaba tan perfectamente que ella no pudo hacer nada para evitar nada. Pero sí lo intentó de nuevo cuando él se apartó. Vanos intentos, pues Diego la sujetó por las muñecas, sonriendo.

—Cuando llegues a México —susurró—, nunca podrás ya olvidar a don Diego.

La volvió a besar, doblándole los brazos hacia la espalda de modo que pudo atraerla, apretando su pecho contra el seno femenino, agitado violentamente. Tan fuerte era el abrazo de Diego, que los hermosos pechos quedaron completamente aplastados contra su torso, de tal modo que la señorita Salvatierra comenzó a quedar sin respiración. Cuando de nuevo la soltó Diego, su rostro estaba sofocadísimo, y sus pechos, libres de pronto de la presión, parecieron a punto de romper la tela. Diego la besó en un lado del cuello. La piel de la señorita Salvatierra ardía.

—Cobarde... Cobarde... ¡Cobarde, cobarde! —jadeó.

—Hoy es el peor día de mi vida. Pero no va ser mucho mejor para usted, señorita Salvatierra.

## CAPÍTULO IV

Era ya de noche cuando Diego llegó a la posada de Demetrio. Pantaleón estaba en la puerta, esperando, y se acercó presurosamente a Diego, que descabalgó.

—Diego... Diego, ¿y la muchacha?

—Viene a pie —sonrió Diego—. Toma tu caballo y ve a buscarla, no sea que intente escapar... o que se pierda por el monte, que sería lo más probable.

Pantaleón miró hacia detrás de Diego, hacia la oscuridad de la noche. Por las dos ventanas del parador salía luz, pero insuficiente para tan siquiera atenuar el brillo de las estrellas... De pronto, Pantaleón sonrió.

—Es retechula la niña, ¿eh?

—Ya se le bajarán los humos cuando tenga el niño.

Pantaleón lanzó una carcajada, y fue en busca de su caballo. Diego entró en la posada, y el gordo Demetrio acudió a su encuentro.

—¡Mi señor don Diego...! ¡Cuánto bueno por aquí!

—Hola, Demetrio —Diego te palmeó la espalda—. ¿Cómo te van las cosas?

—Pos ya ve... Siempre solo en este lugar, ganando lo justo para no morir de hambre, y siempre tan aburrido que me paso el día comiendo.

—No debiste instalarte tan lejos del camino.

—No, señor, pero se está tan tranquilo aquí... Viene poca gente, pero la que viene sabe pagar bien mis comidas. Como usted, don Diego. Y dígame: ¿ha hecho un asaltito, no más?

—Ya ves.

—Siéntese, siéntese... ¿Le sirvo una tequilita con su jugo de nopal?

—Te lo agradeceré, Demetrio.

—¡Ahorita mesmo!

Demetrio corrió hacia detrás del mostrador de ladrillos blanqueados con cal, y Diego se sentó en una silla, frente a una mesa... Sólo entonces, miró a los ocupantes de la diligencia, agrupados en un lado de la sala grande de la posada, todos mirándole en silencio... María Josefa, demudado el rostro, le

miraba fijamente. Oversham estaba sentado en lo alto del mostrador, sonriente. Delaney se limpiaba las uñas con un cuchillo. Colby, sentado en una silla con el respaldo hacia adelante, hacía equilibrios. Demetrio sirvió en un vaso tequila, y añadió unas gotas del contenido de una botella pequeña.

—Su tequilita, don Diego.

—Gracias, Demetrio.

Bebió un sorbo, suspiró y asintió enérgicamente.

—¿Ta bueno, don Diego?

—Néctar del cielo.

Miró a Oversham, y le hizo una seña moviendo la cabeza hacia la puerta. Oversham saltó del mostrador, y salió de la posada, seguido en silencio por Colby y Delaney. Colby continuó bebiendo tranquilamente, como si estuviera solo. De pronto, miró a Fergus.

—¿Qué dijo de una puta, señor? —preguntó suavemente.

Fergus palideció. Afuera se oían las voces de los tres amigos de Diego, y golpes.

—Nada —susurró Fergus, por fin—. No dije nada.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Pero yo oí algo de que a alguien lo había parido una puta, señor.

—Sí... Bueno, me... me refería a mi mismo...

—Ya. Está muy feo hablar así de la propia madre. Yo, por ejemplo, si alguien dijera que mi madre era una puta... ¿sabe qué haría?

—No —tragó saliva Fergus—. No lo sé... No.

—Pues le cortaría el cuello, señor. Por suerte, usted no se refería, a mi madre, sino a la suya, ¿verdad, señor?

—Sí... A la mía, sí.

—Es usted un mal hijo, señor..., pero eso le va a permitir seguir viviendo. Y no crea que hablo así porque soy quien tiene aquí y ahora todas las ventajas. No. Mire, si quiere Demetrio le deja a usted un cuchillo, yo saco el mío, y discutimos sobre la honorabilidad de nuestras mamas. ¿Quiere el cuchillo, señor?

—No... ¡No!

—Bueno. Allá usted. ¿Prefiere el revólver, tal vez?

—¡Le he dicho que no, que el hijo de puta soy yo! —jadeó Fergus.

—Mala suerte. Le acompaño en el sentimiento, señor. ¿Demetrio?

—Diga, don Diego.

—¿Cómo estamos de cena?

—De chuparse los dedos, don Diego, de chuparse los dedos. ¿La sirvo ya?

—Dentro de un ratito. Veamos primero lo que nos traen de la diligencia mis amigos tejanos... ¿Iba usted a decir algo, señor Locker?

—Escuche —se adelantó Locker—. Don Diego, escuche, yo llevo bastante dinero. Todos debemos llevar bastante dinero. Puede quedárselo todo, y déjenos seguir hacia Laredo. ¿Verdad, señoras y señores? ¿Están todos de acuerdo?

—Espere un momento —sonrió Diego—. ¿Debo entender que entre todos llevan encima setenta y cinco mil dólares?

Fue como si cayera en la estancia una losa de silencio, de pétreo silencio. Ahora era Locker quien había palidecido. Diego fue mirando de uno a otro, sonrió al mirar a Gladys Maxwell, y movió la cabeza.

—¿Usted qué cree, señorita Maxwell? ¿Reunirían entre todos ustedes setenta y cinco mil dólares?

—Me parece que no —sonrió Gladys.

—A mí también me lo parece. En cambio... Oh, aquí están mis amigos. Ponedlo ahí, en el centro.

Delaney, Oversham y Colby entraban cargados con un fardo envuelto con una manta y sujeto con cuerdas. Lo depositaron en el centro de la sala, y cortaron las cuerdas. Retiraron la manta, luego otra, después un envoltorio hecho con sacos, y finalmente con hule, hasta que quedó visible la caja de madera reforzada con flejes de hierro y cuya tapa estaba sujeta con un candado. Delaney miró a Diego, que asintió. Delaney se apartó, disparó contra el Candado, y éste saltó.

Por fin, alzó la tapa.

Diego se terminó la tequila, se puso en pie, y se acercó. Se quedó contemplando las monedas de oro y los billetes.

—Válgame Dios... Una fortuna. Fíjate, Demetrio: setenta y cinco mil dólares. ¿Qué harías tú con ese dinero?

—¡Me compraría una vaca!

—¿Una vaca? —se pasmó Diego—. ¿Y para qué demonios quieres tú una vaca?

—Pos verá usted, don Diego, es que de tanto comer enchiladas, que son la bendición de Dios, pos se me está haciendo un agujerito en el estómago, y yo me ricuerdo, señor, de que en México, hace tiempo, el doctor don Nicolás dijo que la leche de vaca era retbuena para esas cosas, así que me compraría una vaca, y podría beber toda la leche que quisiera, y eso me iría bien para el agujerito del estómago.



—¿Y dejarías de comer enchiladas?

—¡No, señor! —se ofendió Demetrio.

Diego se echó a reír y le hizo una seña a Oversham.

—Pásale doscientos dólares a Demetrio, Oversham.

El tejano sacó un impresionante fajo de billetes de su bolsillo, separó la cantidad mencionada, y tendió los billetes a Demetrio, mientras Diego decía:

—Te me compras dos vacas.

—Pero don Diego, mire usted que con este dinero paga usted mucho más que mi humilde cena...

—Yo no te estoy pagando nada, pelao. Sucede que tú me convidas a cenar a mí, a mis amigos y a nuestros invitados, y yo te regalo dos vacas para que el buen Dios te conserve muchos años y sigas engordando. ¿Han oído esto tus sucias orejas?

—¡Sí, mi señor don Diego! —sonrió el mexicano.

—Pos entonces es que no están tan sucias —Diego miró de pronto al banquero Locker y señaló el dinero—. Ya ve señor Locker. Setenta y cinco mil dólares. Ésta es la cantidad que el banco de usted, como representante esta vez de la Asociación de Banqueros, envía a Laredo para instalar allá un banco nuevo. ¿No es así?

—¿Cómo... cómo sabe usted... todo eso...? —jadeó Locker.

Diego iba a contestar, pero pareció escuchar algo, y su cabeza se ladeó hacia la puerta. Casi enseguida, todos oyeron el galope de un caballo, y a los pocos segundos un silbido.

—Es Pantaleón —dijo Colby—, pero echaré un vistazo.

Salió de la posada. Al poco, tras oír muy cerca el galope, éste cesó. Se oyó la voz del menudo mexicano, y la de Colby. Un minuto más tarde, entró Colby, sonriendo. Luego entró la señorita Salvatierra, y al verla María Josefa respingó.

—¡Jesús, Dios mío! —gimió, estremeciéndose—. ¡Mi pobrecita niña Rosario!

—¿No se lo dije, don Diego? —apareció Pantaleón—. ¡Esta vieja nos va a rezar el rosario!

—Que no, hombre —sonrió Diego—: es que la niña se llama Rosario.

—¡Ah, menos mal!

Lo cierto era que el aspecto de Rosario de Salvatierra había impresionado a todos, excepto quizá a West Davidson, el hombre del revólver con cachas blancas. La señorita Salvatierra llegaba despeinada, pálida y agotada, con el vestido desgarrado, polvoriento...

—Mi pobre niña —corrió María Josefa hacia ella, tendidos los brazos—. ¡Mi pobre niña, lo que le han hecho, lo que le ha hecho ese bandido...!

—¡Déjame, tonta! —rechazó airadamente Rosario.

—Pobrecita mi niña, ese hombre malo la ha...

—¡No me ha hecho nada, estúpida!

—¿Cómo que no? —alzó las cejas Diego—. ¡La he violado brutalmente al pierde unos matorrales!

Rosario le miró con ojos llameantes.

—¡Mamarracho! —le lanzó.

—¿Cómo, mamarracho? —saltó Pantaleón—. ¿Cómo, mamarracho, mi señor don Diego? ¿Cómo, cómo, cómo mamarracho...? ¡Niña, que se la está usted buscando!

—¡Y usted es un fantoche con bigote! —le espetó Rosario.

—¡Hombre, eso sí! —rió Delaney—. ¡Vaya, Pantaleón, la niña te ha descrito muy bien!

Oversham alzó un dedote, y aseguró:

—La niña Rosario es muy lista.

—¡Estúpidos! —insultó Rosario, con los ojos echando fuego—. ¡Estúpidos, cretinos...!

—¡Ji, ji! —rió Pantaleón—. ¡A ti también te ha visto la cola, Oversham!

—Bueno, bueno —pidió tregua Diego—. Estaba platicando con el señor Locker, que se ha mostrado muy sorprendido por el hecho de que yo supiera que la Asociación de Banqueros le utilizaba para enviar esta fortuna a Laredo. Y es lógico que se sorprenda, porque todo se ha llevado muy en secreto. Especialmente; claro, el envío del dinero. ¿No es así, señor Locker?

—Sí —asintió éste—. Así es.

—Y usted se pregunta cómo es posible que este mexicano pelao lo haya sabido. Pos se lo voy a decir, señor Locker. Veamos... Usted vive en San Antonio de Texas, donde además de dirigir sabiamente su banco, tiene una hermosa casa, y una esposa más bien gordita, y dos chamacos ya crecidos... ¿A que sí, señor Locker?

—Sí, es... es cierto.

—Y además, tiene usted una amiguita que se llama Priscille, ¿a que sí, señor Locker? ¡Pero hombre, no se sofoque usted, si eso es muy corriente!

—¡Coño, de hombre! —se pasmó Pantaleón—. ¡Pues es verdad que se ha sofocado!

—¿Sabes por qué, Pantaleón? —deslizó Diego—. Pues porque en el fondo de su conciencia, el señor Locker sabe que eso está un poco feo tener

una amiguita estando casado y siendo el respetable banquero. Pero te digo que la señorita Priscille es muy bonita, así con los cabellos rojos, los ojos verdes, un cuerpo sano y lleno, y con una boca que...

—¿Y de botijos? —movió Pantaleón las manos ante su esmirriado pecho—. ¿Cómo está de botijos la Priscille, don Diego?

—¡Huy! —puso Diego los ojos en blanco—. ¡Tremendos botijones no más, cuate! Pero eso te lo diría mejor que yo el señor Locker, que a lo mejor hasta los ha utilizado para beber...

—Señor banquero —saltó Demetrio—. ¡Le cambio las dos vacas por la pelirroja!

La carcajada del grupo de Diego fue unánime. Dennis Locker se llevó las manos a la cara, gimiendo:

—¿Qué pretenden ustedes? ¿A qué viene todo esto?

—Vamos, vamos, no se ponga así. Son pecadillos de la carne, que es muy débil, señor Locker. Total, que usted tiene una amante en San Antonio, que es bailarina en el Dreams Saloon, que quiere decir el salón de los sueños o algo así. Y usted, señor Locker, es tan ingenuo que confía en la bailarina.

—¿Qué quiere decir?

—Pos hombre, está muy claro: usted se la pega a su mujer, y Priscille se la pega a usted. Y las cositas que usted le dice, pues luego va ella y se las dice a quien le conviene. Así que alguien se enteró de este envío de setenta y cinco mil dólares.

—No es cierto... ¡No es cierto!

—Perdone, señor —lo miró Pantaleón—. ¿Usted está diciendo que mi señor don Diego está mintiendo?

—Déjalo, hombre —apaciguó Diego—. Es muy duro enterarse de esta clase de cosas. Esperemos que, al menos, le sirva de lección al señor Locker, y que cuando vuelva a casa sea más formalito y decente. Pero, bueno, eso son cosas de su vida privada. Nosotros estamos hablando de dinero, o sea, de su vida pública, como quien dice. Y en eso el señor Locker es honradísimo, intachable. ¿Verdad, señor Locker?

—Desde luego que sí —murmuró Locker.

—Pos ya ve —sonrió Diego—. Hay personas que no son tan honradas como usted.

—¡Ladrón! —dijo fríamente Rosario de Salvatierra.

—Y violador —le guiñó un ojo Diego.

—¡Mi pobre niña, mi pobre niña! —empezó a gemir de nuevo María Josefa.

—¿Te quieres callar, boba? ¡Te he dicho que no me ha hecho nada, sólo me dejó en tierra y he tenido que venir a pie, rompiéndome el vestido con los matorrales, y los zapatos...! ¡Eso ha sido todo!

—¡Cómo, don Diego! —exclamó Oversham—. ¿No se tiró usted a la niña?

—Que sí, hombre —dijo Diego—. Ella está mintiendo, eso es todo. Cualquiera cosa antes de admitir que lo ha pasado bien conmigo.

—¡Canalla, salvaje..., desgraciado! —increpó Rosario.

—Demetrio —dijo Diego—: a la señorita Salvatierra me la vas a dejar sin cenar... a menos que me suplique...

—¿Suplicarle? —gritó Rosario—. ¿Suplicarle comida a usted? ¡Ahora sí que veo que es un pelón desgraciado!

—Pos bueno —dijo Diego—, que no cene. Por lo demás, Demetrio, vamos a ver esa cena succulenta.

—Pero... ¿vamos a quedarnos aquí? —gruñó Spencer Maxwell.

—Hay sitios peores donde estar, señor Maxwell —le miró afablemente Diego—. ¡Vaya si hay sitios peores!

\* \* \*

Los siete jinetes estaban a un lado del camino, metidos entre unos raquíticos robles. De cuando en cuando, un caballo se movía u otro piafaba, y eso era todo. Siete jinetes armados con revólveres y rifles, todos ellos de pésima catadura.

—Esto no puede ser —gruñó de pronto uno de ellos—. Hace rato que oscureció. La diligencia tenía que haber llegado ya aquí.

—Pues no ha llegado —gruñó otro.

—¿Y si hubiera pasado sin que la hubiéramos visto? —sugirió otro.

—No seas idiota —gruñó el primero—. Hemos estudiado bien el terreno, lo tenemos todo previsto... ¿Cómo demonios iba a pasar una diligencia sin que la viéramos ni la oyéramos? ¡Ni que fuera un conejo!

—Es cierto —se rascó el otro la nuca—. Tendríamos que haberla visto.

—O sea, que no ha pasado —dijo otro de los jinetes.

—No puede ser —insistió el primero—. ¡Hace ya mucho rato que tenía que haber pasado por aquí!

De nuevo se hizo el silencio. La noche estaba estrellada, en un cielo intensamente oscuro y limpio. En alguna parte, lejos, aulló un coyote.

—Nos vamos a caer de puro tontos —dijo de pronto otro de los jinetes—. Algo ha pasado, Masters. Esa diligencia llega siempre a Laredo antes de la noche, así que si no ha pasado por aquí es que se han detenido. Quizá en Cofulla, o quizá en otro pueblo de los que hay en la ruta.

—¿Cuántos pueblos hay?

—Que yo sepa, Encinal y Artesia. A lo peor se les ha roto un eje, o cualquier otra avería en el coche, y han tenido que parar.

—Si eso es así —intervino otro de los jinetes—, ya no pasará esta noche hacia Laredo. Seguro que no reanudarán el viaje hasta mañana por la mañana, estén donde estén. O sea que estamos perdiendo el tiempo.

—Vamos a esperar un poco más —murmuró Masters.

—¿Para qué? Si ya no ha pasado, no pasará.

—Esperaremos un poco más —repitió secamente Masters—. Y si no pasa, iremos a ver dónde se ha detenido y qué demonios ocurre. Aunque quizá no haga falta: Davidson sabe dónde estamos esperando, y si la cosa es importante vendrá a caballo a avisarnos.

—¿Y si no puede conseguir un caballo?

—¡Maldita sea, ya he dicho lo que vamos a hacer! Esperaremos una hora más, y si no aparecen ni la diligencia ni Davidson a caballo, iremos hacia el Norte a ver si nos enteramos de lo que ha pasado. Pero ya veréis como Davidson viene a caballo.

## CAPÍTULO V

—Señor —llamó Diego.

West Davidson alzó la cabeza y fijó sus fríos ojos en el mexicano.

—¿Qué hay?

—¿Cuál es su nombre, señor? Es el último que me falta para conocerlos a todos.

—Davidson... West Davidson —masculló el tipo del revólver con cachas blancas.

—Gracias, señor. Y ahora, señor, ¿quiere ser tan amable de esperar antes de meter el hocico en el plato? Tenemos que rezar.

West Davidson quedó atónito, pero, ciertamente, no fue el único. Menos sus amigos, todos se quedaron mirando a Diego como si no hubieran entendido las palabras de éste, que se hallaba a la cabecera de la larga mesa preparada por Demetrio, presidiendo la cena... que por cierto olía estupendamente.

—¿Realmente va a rezar usted, don Diego? —sonrió Gladys.

—Yo no. Eso, quien lo hace bien de verdad es Pantaleón. A ver, Pantaleón, échanos un rezo.

—Cómo no, don Diego. A ver —Pantaleón golpeó con la cuchara en la mesa—. Todo el mundo atento a mi voz, y que nadie se me quede sin rezar conmigo. Allá va: Señor buen Dios, que nos has puesto en esta maravillosa vida que nunca te agradeceremos lo suficiente, permítenos que sigamos viviendo ingiriendo estas sabrosas cosas que hace el desgraciao de Demetrio, que está gordo como un tocino, pero que guisa mejor que mi fenecida y siempre bien amada mamá, que debe estar contigo oyéndome y viéndome, y a la que envié mis respetos con tu permiso. Señor Buen Dios que estás en los cielos, observando a tus pecadores hijos que son tan burros que todavía no han comprendido Tu Grandeza y Tu Bondad al otorgarnos la vida y los alimentos del desgraciao de Demetrio. Y así como nosotros vivimos y comemos, permite, Señor, que todos los seres de buena voluntad coman y vivan también y que tengan salud pa darte mil veces las gracias cada día por

haberte inventado México y otros sitios que tampoco están mal pero que no son como México. Permite, Señor, que todo nos vaya bien, y que nos amemos los unos a los otros como es tu deseo. Y que para siempre estés en la Gloria y nos recibas allí cuanto más tarde mejor, porque tú ya sabes que aquí se está retebién, y gracias por todo esto, Señor Buen Dios, para siempre alabado. Amén.

—Amén —dijo Diego.

El pasmo era total. Pantaleón se sentó, metió la cuchara en el plato, alzó el bigote y se metió una paletada de judías en la boca, masticando despacio, expectante, observado por Demetrio con gesto anhelante.

Pantaleón alzó los ojos hacia el cielo.

—Con su carnecita y su chilecito... Señor, que Demetrio nos viva por muchos años. Amén otra vez.

—Amén —dijo Diego.

Y comenzó a comer. Los «invitados» del pintoresco grupo de Diego no salían de su asombro. Por fin, Gladys Maxwell rió quedamente, y comenzó a comer.

—Oye, Oversham —dijo Pantaleón—, ¿pa cuándo es la boda?

Oversham quedó un instante boquiabierto.

—¿La boda? —gruñó—. ¿Qué boda?

—La tuya y la de la vieja gorda... ¡Te mira con ojitos de amor mexicano! ¡Marrano con suerte!

El tejano se echó a reír.

—Que no, hombre —dijo—, que a quien mira es a ti. Lo que pasa es que como es un poco bizca, te ha parecido que me miraba a mí.

—¿Cómo que es bizca, cómo que es bizca? —respingó Pantaleón—. ¡No me había dado cuenta!

—A lo mejor —deslizó Colby— es porque tú también eres bizco, y los dos miráis adónde Dios quiere.

Pantaleón señaló a Colby con la cuchara llena de judías y carne.

—Vuelve a decir que soy bizco y te meto esta cucharada de comida de la buena por el ombligo, so pelao, tejano bobo y retebobo.

—¡Pero hombre...! —saltó Delaney—. ¡Nunca podrías hacer eso con Colby!

—¿Ah, no? ¿Por qué no?

—Pues porque Colby no tiene ombligo.

—¿Cómo que no tiene ombligo, cómo que no tiene ombligo? ¡Todos tenemos ombligo!

—No, señor —intervino Oversham—. Colby no tiene ombligo. Ni lo tenemos Delaney ni yo. ¿Y sabes por qué, coyote mexicano? Pues porque a los tejanos nuestras madres nos paren sin ombligo, para que nadie pueda arrugarnoslo. ¡Y menos que nadie un pelón como tú, que sólo tienes bigote!

—Pos también tengo ombligo, so mamón, pero así y todo a mí no me arrugan el ombligo ni cien tejanos bobos como vosotros. ¡Y si quieres te enseño mi ombligo, pura filigrana de la naturaleza!

—Oye, Pantaleón —dijo meditativamente Delaney—, ¿tu ombligo tiene bigote?

—¡Lo que tiene mi ombligo son dos bolas como...!

—Mi señora doña María Josefa —cortó Diego—, espero que esté usted disfrutando de la cena.

La madura dama de compañía de Rosario de Salvatierra respingó al verse interpelada directamente, y se quedó mirando asustada a Diego, que sonrió amabilísimamente.

—Puede que sea bizca —dijo Pantaleón—, pero al menos tiene la virtud de ser muda. ¡Las mejores mujeres son las mudas!

—No seas bruto, Pantaleón —reconvino Diego—. Además, ¿para qué sirve una mujer muda?

El menudo mexicano, puro hierro, se quedó mirando maliciosamente a Diego.

—¿Lo digo? —deslizó—. ¿Digo para qué sirve una mujer muda?

—Mejor que no —rió Diego; también rieron los tres tejanos.

—Pos me gustaría decirlo —insistió Pantaleón.

—Que no, hombre. Bueno, doña María Josefa, ¿qué le parece la cena de nuestro buen Demetrio?

—Muy... muy buena... ¡Muy buena!

—¿Verdad que sí? —la negra mirada de Diego se posó en Rosario—. Pero tengo la impresión de que no todos piensan como usted... ¿No le gusta la cena, niña Rosario?

Rosario de Salvatierra respondió directamente a la mirada.

—Lo que no me gusta es usted —replicó.

—Bueno, eso lo dice ahora, pero antes no —Diego guiñó un ojo—. Ya la conozco bien, niña Rosario.

—Es usted un miserable.

—Lo que soy es un macho, retemacho... ¿Verdad, Pantaleón?

—¡El más macho de todos! —saltó Pantaleón.



—¿Oyó, niña? Vamos, deje de mirarme como si fuera a matarme, y cene. Es bueno comer, después del ejercicio. Y sobre todo, es de mala educación rechazar la invitación de un caballero.

—¿Un qué? —respingó Rosario—. ¿Un caballero? ¿Usted? ¡No me haga reír!

—Mejor que no ría, porque la castigaría sin cenar.

—¡No necesito su cena para nada!

—¿No? Pues no cene. Aunque no creo que sea tan orgullosa como para privarse de la exquisita cena de Demetrio... a la que tengo mucho gusto en convidarla.

—¡No quiero nada de usted!

—Bueno, pues lo dicho: no cene. ¿O si va a cenar?

La mirada de Diego era irónica, divertida. Rosario se sofocó de rabia, y empujó el plato hacia el centro de la mesa. Los demás, que cenaban con aceptable apetito pese a su inquietante y sobre todo desconcertante situación, la miraron asombrados.

—¿No va a cenar? —preguntó Pantaleón.

—Claro que no.

—¡Pero mi niña, mire que...! —empezó María Josefa.

—No insista, doña María Josefa —dijo Diego—. No va a convencerla. Antes se moriría de hambre que aceptar una invitación mía. ¿Es así, niña Rosario?

—¡Déjeme en paz!

—¿De verdad que no va a cenar? —insistió Pantaleón.

—Con ustedes, nunca.

—¡Déjele, mi niña, y qué bendición! ¡Ven pacá, plato!

Pantaleón acercó ante él el rechazado plato de Rosario, lo colocó ante el suyo, y continuó cenando. Cuando terminó su plato arremetió contra el de Rosario, sin transición, alegremente.

—Oye, Oversham —dijo Colby—: ¿dónde crees tú que mete Pantaleón toda la comida? ¡Con lo pequeñajo que es!

—A lo peor —replicó Oversham—, tal como le entra por la boca se le sale por el ombligo. Porque hemos quedado que Pantaleón tiene ombligo, ¿verdad?

—Puede que tenga ombligo —intervino Delaney—, pero lo que no debe tener es estómago. Oye, viejo mico, ¿adónde va a parar todo lo que comes?

—¿Lo digo, don Diego?

—No, que me asustarías a doña María Josefa. Y dígame, doña María Josefa, si es usted tan amable; ¿van o vienen de México? Lo que quiero decir es si viven allá y han estado en Texas o viven en Texas y van a México.

—Volvemos —murmuró María Josefa.

—¡Ah, viven en México! ¡Linda suerte! ¿Y qué han venido a hacer a Texas?

—No contestes —saltó Rosario—. ¡A estos bandidos no les importa nada de nuestras cosas!

—Si no nos importase, no preguntaría —dijo Diego—. ¿Han venido por negocios, por asuntos familiares...?

—No se lo diremos, bandido —replicó firmemente Rosario.

—Bueno, qué le vamos a hacer. ¿Y usted, señorita Maxwell? ¿O también prefiere no decirlo?

—¿Por qué no había de decirlo? —sonrió Gladys—. Mi padre va a México para negociar con ganado con unos conocidos mexicanos, y a mí me pareció... divertido acompañarte.

—Aaaah... ¿Y se está divirtiéndolo?

—Mucho.

—Es usted una dama muy notable, señorita Maxwell. Resulta delicioso conversar con usted.

—Gracias, don Diego —rió la bella Gladys—. ¡Lo mismo digo!

—Bueno —sonrió Diego—, entonces podemos seguir platicando luego un ratito si le parece bien.

—Estaré encantada, se lo aseguro.

—Muchísimas gracias. Señor Davidson, ¿a qué va usted a México?

West Davidson se quedó mirando hoscamente a Diego, pero sólo durante un par de segundos.

—Tengo un amigo mexicano que está de guarda en una hacienda, y me ha enviado recado de que el patrón está dispuesto a contratarme también a mí.

—¿Cómo vaquero?

—Claro que no —gruñó Davidson—. Lo mío no es el lazo.

—Entiendo. Va como guarda de la hacienda también, por si los cuatreros y otra clase de pillos asoman por allí. ¿Es eso?

—Sí.

—Sí —sonrió Diego—. Parece usted un hombre peligroso, señor Davidson, así que voy a advertirle una cosa: mientras estemos aquí, olvídese de eso y sea manso. ¿Me ha comprendido?

—No sería usted tan valiente si no estuviéramos en estas condiciones — masculló Davidson.

Pantaleón y los tres tejanos lo miraron pasmados. Luego al unísono, soltaron una carcajada, y continuaron comiendo.

Diego sonrió amablemente.

—¿Quiere decir, señor Davidson, que yo no hablaría igual si estuviéramos usted y yo solos, cara a cara, y usted tuviera también un revólver?

—Se expresa usted muy bien. Exactamente eso he querido decir —asintió Davidson.

Sin dejar de comer, Pantaleón alzó los ojos al cielo, como poniéndolo por testigo de la tontería humana. Diego seguía sonriendo.

—Bien —dijo, dejando de mirar a Davidson—. Tenemos aquí un grupito de personas interesantes, y de casi todas las cuales conocemos los motivos de su viaje a México. Como es natural, no hace falta explicar a qué van el conductor y el guarda: están trabajando. El señor y la señorita Maxwell, van por asuntos de ganado. El señor Davidson, en busca de un trabajo cómodo y bien pagado, espero. El señor Locker nuestro sinvergonzón banquero, va a dirigir la puesta en marcha en todos los sentidos de un banco en Laredo... Sólo nos falta saber las cosas de la niña Rosario y doña María Josefa. Al parecer, viven en México, y vuelven allá después de una estancia en Texas... ¿No quiere decirnos qué han venido a hacer en Texas, señorita Salvatierra?

Rosario ni siquiera contestó. Diego asintió en silencio, y dedicó unos minutos a terminar su plato de comida. Entonces, dijo:

—En cierto modo, mis amigos y yo les hemos hecho un favor a todos ustedes al impedirles llegar a Laredo. Las cosas se están poniendo al rojo vivo al otro lado de la frontera, y a lo peor se encontraban ustedes con contratiempos mucho peores que éste.

—¿De qué está hablando? —preguntó Spencer Maxwell.

—Hay un poco de revuelta por allá, señor Maxwell. Sabe que los mexicanos somos muy revolucionarios, ¿no?

—¿Revolucionarios?

—Pos sí. De cuando en cuando una cosa no nos gusta, y entonces nos echamos al monte muy disgustados, a ver si ponemos un poco de orden en la vida.

—¿Quiere decir que hay una revolución en México? —preguntó con los ojos muy abiertos Gladys.

—Está empezando —murmuró Diego—. Desde Eagle Pass hasta Río Grande, al otro lado de la frontera, se están reuniendo centenares de hombres

dirigidos por alguien que está demostrando intenciones poco tranquilizadoras. Por fortuna, carecen de armamento adecuado y suficiente. Sin embargo, eso podría solucionarse si consiguieran dinero, porque hay algunos yanquis dispuestos a venderles una buena cantidad de armas. Pero los mexicanos revolucionarios no tienen dinero para comprarlas.

—¿Y cuánto costarían esas armas, don Diego? —murmuró Gladys.

—Bueno, yo creo que con setenta y cinco mil dólares yanquis los mexicanos podrían comprar armas y munición suficiente para dar un disgusto al pueblo.

—¿Al pueblo? —gruñó Davidson.

—Al pueblo, señor Davidson, porque es siempre el pueblo el que paga más cara la revolución, ¿no lo sabía usted? Setenta y cinco mil dólares es mucho dinero, pero todavía valen más setenta y cinco vidas. O sólo cinco vidas. En las revoluciones casi siempre hay alguien que busca exclusivamente su beneficio personal, y o gana, o pierde sólo dinero. Pero el pueblo, señor Davidson, gane o pierda en las revoluciones armadas, siempre paga con sangre. Es decir, con vidas. Se matan unos cientos de peones, o niños y mujeres, se queman unos cuantos jacales, y si todo sale bien, pues ya hay alguien que se ha salido con la suya... dejando atrás centenares de muertos. Y luego, todo sigue igual, los pelaos no ganan nada, porque los nuevos amos son iguales que los anteriores, y ellos han muerto a cientos. Esto es lo que suele suceder siempre con las revoluciones armadas.

—Pues que no las hagan.

—No la harán si no consiguen, por ejemplo, setenta y cinco mil dólares —sonrió Diego.

—Pero usted —dijo secamente Spencer Maxwell—, se va a encargar de que sí los consigan, ¿verdad?

—Es usted admirablemente perspicaz, señor Maxwell.

—Y usted es un criminal —jadeó Rosario—. ¡Está robando dinero para comprar armas que servirán para matar centenares de personas!

—O miles —dijo Diego—. ¿Verdad, Pantaleón? Pero todo sea para conseguir poder en México. Yo tengo ahora a mi disposición, setenta y cinco mil dólares de poder... por el momento. Dígame, niña Rosario: ¿no le gustan los hombres poderosos?

—Es usted un asesino de la peor especie.

—Y un amante excepcional —guiñó un ojo Diego—. ¿A que sí?

La indignación impidió hablar a Rosario de Salvatierra. Pantaleón soltó un eructo y dijo:

—Alabado sea el Señor.  
—Amén —dijo Diego.

## CAPÍTULO VI

—Es usted un hombre poco corriente, don. Diego —dijo Gladys.

—¿Por feo o por guapo?

La muchacha se echó a reír. Estaban los dos solos, paseando bajo las estrellas, a poca distancia de la posada, dentro de la cual se habían quedado los demás. La noche era tan estrellada que Diego y Gladys podían verse perfectamente el uno al otro. Sobre todo, cada uno veía el brillo de los ojos del otro.

—Desde luego, es guapo —dijo Gladys—, pero no es eso lo que le convierte en un hombre poco corriente, sino su personalidad. Se hace difícil creer que sea usted un revolucionario, ambicioso dispuesto a todo con tal de conseguir poder.

Diego se detuvo, y se enfrentó con Gladys, que a su vez giró para darle frente. La muchacha se había puesto un chal sobre los hombros, pero las estrellas hacían brillar su tersa carne en el escote, bien visible. Y los labios, suaves, delicados.

—¿Cree usted que soy un revolucionario? —musitó Diego.

—¿No lo es?

—Claro que no. Soy todo lo opuesto. Lo que yo estoy tratando precisamente de impedir es que esa revolución se lleve a cabo.

—Pero antes ha parecido que...

—Cada cual interpreta las cosas como quiere, señorita Maxwell. No tengo por qué dar explicaciones a nadie. Pero usted... usted es diferente para mí. Lo fue en cuanto la vi en Cofulla.

—¿Qué quiere decir? —casi suspiró Gladys.

Diego le puso las manos sobre los hombros, la atrajo suavemente, y se quedó mirando sus ojos llenos de estrellas. Gladys no parpadeaba siquiera. Su boca estaba entreabierta. Diego se inclinó y la besó, muy despacio. Por un instante. Gladys permaneció inmóvil. Luego, correspondió dulcemente al beso del mexicano, y se abrazó a su cintura.

En la noche chirriaban los insectos, único sonido en aquel momento. Durante mucho rato, estuvieron oyéndolos, mientras sus bocas se iban fundiendo la una en la otra cada vez más apasionadamente. Gladys respiraba por la nariz con dificultad, como ahogándose, y Diego sentía en su rostro el cálido aliento. Por fin, ella no tuvo más remedio que apartarse, para aspirar ávidamente el fresco aire nocturno.

—Dios mío —susurró.

—Espero no haberla ofendido —susurró también Diego.

—No seas tonto —sonrió trémulamente Gladys—. ¡Oh, Diego, no seas tonto! Yo también, en cuanto te vi, sentí... sentí...

Diego la abrazó de nuevo, ahora más completamente, pasando sus brazos a la espalda de ella. El beso fue más largo esta vez. Volvió a oírse el aullido de un coyote, lejos. Y todavía más lejos, apagada, llegó la respuesta. Pero los mensajes entre coyotes no interesaban a Gladys y Diego, que durante unos minutos perdieron la noción de todo, hasta que ella tuvo que separarse de nuevo.

Se llevó una mano a la frente.

—Creo... creo que estoy... bueno, estoy ardiendo...

—Yo también —murmuró Diego.

—¿De verdad no eres... un bandido?

—De verdad. Bueno —relucieron los blancos dientes de Diego en una amplia sonrisa—, al menos en estos momentos. Los bandidos son otros... que vendrán a por el dinero.

—No comprendo.

—Unos hombres armados y peligrosos vendrán en busca del dinero. Pero no antes del amanecer. Primero nos buscarán por todas partes, y luego empezarán a sacar conclusiones... Creo que estarán aquí al amanecer.

—Pero... ¿cómo puedes saber eso?

—Por medio de la amante del señor Locker.

—¡Oh, Diego, no has debido recordarme que tú y esa...!

—De nuevo te equivocas —rió él quedamente—. No hubo nada entre ella y yo. Te diré cómo están las cosas, Gladys... porque espero que me ayudes.

—¿Yo? ¿Cómo podría ayudarte?

—Espera. Empezaré por el principio, y así lo entenderás todo bien. Yo estaba en México, con mis amigos, cuando comenzamos a darnos cuenta de que algo ocurría. Muchos hombres se iban reuniendo a lo largo del Río Grande, y eso no me gustó. Envié a Pantaleón a meterse entre ellos para enterarse de lo que ocurría. Pantaleón volvió pronto con la noticia de que se

estaba preparando una revolución, y que esperaban armas para ello. Pero antes, necesitaban dinero. Y el dinero iba a llegar desde San Antonio de Texas, procedente de un banco...

—¿El del señor Locker?

—Bueno, hay una parte del banco del señor Locker y otra parte de la Asociación de Banqueros. Es verdad que quieren establecer un nuevo banco en Laredo. Pero el señor Locker es un imprudente, y se lo contó todo a Priscille, su amante. Mis amigos y yo estábamos ya en San Antonio, husmeando a ver de dónde iba a salir el dinero en dirección a Laredo, y entonces Pantaleón vio a dos hombres yanquis que habían estado en México con los hombres que se están reuniendo en las montañas. Así que vigilamos a esos dos hombres, y los vimos con Priscille sosteniendo una entrevista fuera de la ciudad. Luego, esos dos hombres se fueron, pero ya no nos interesaban, porque yo sospeché algo de la verdad cuando Pantaleón, que se mete en todas partes, me dijo que la tal Priscille era la amiguita del banquero señor Locker. Así que fui a verla...

—¿A Priscille?

—Claro —sonrió Diego, besándola en la punta de la nariz—. Priscille se dio cuenta enseguida de que yo iba en serio, y que le iba a romper los dos brazos si no me decía la verdad de lo que se estaba tramando. Todavía se resistió un poco, pero cuando le dije qué le iba a hacer un dibujo en cada mejilla con mi cuchillo, se avino a razones. Así que me dijo lo que estaba ocurriendo.

—O sea, que el señor Locker tiene algo que ver en esto.

—No, no. El banquero es honrado, no tiene ni idea de lo que te estoy contando a ti. Pero Priscille me dijo que con Locker, en la misma diligencia, iba a viajar alguien que sí estaba enterado del asunto: una persona que era la que había planeado lo del asalto a la diligencia.

—Es decir; que si no, nos hubieras asaltado tú, lo hubieran hecho otros hombres.

—En efecto, pero más adelante, más cerca de México, para pasar enseguida allá el dinero.

—Y esos hombres son los que vendrán por aquí después del amanecer.

—Eso espero. No creo que sean tontos, y acabarán por encontrarnos.

—Pero Diego, deberíamos... escondernos o marcharnos... ¡Si esos hombres vienen...!

—De eso se trata. Quiero que vengan, quiero verlos, hablar con ellos. ¿Y sabes por qué? Pues, como te he dicho, en la diligencia viaja alguien que no



sólo ha planeado lo del asalto, lo del robo de los setenta y cinco mil dólares, sino que tiene muy buenas relaciones con los dirigentes de la revolución que se está fraguando en México. Esa persona se comprometió a conseguir el dinero para la revolución, a traer la cantidad suficiente para que los dirigentes de la revolución puedan comprar las primeras armas a unos traficantes. Así que yo tengo que saber qué persona es ésa, porque esa persona sabe quiénes son los mexicanos que están preparando esa revolución en México, sólo para su propio provecho, sin importarles que mueran cientos o miles de mexicanos. Esa persona, en cuanto yo sepa quién es, tendrá que decirme quiénes son esos dirigentes.

—¿Y qué harás cuando lo sepas?

—Depende. Quizá entre en México para matarlos, o quizá, simplemente, los denuncie al Ejército o a las autoridades, así como a los traficantes que quieren venderles las armas. Todos tienen que ser eliminados, de un modo u otro. Pero para llegar a todos éstos, tengo que saber quién es la persona que sabe todo eso.

—O sea, que uno de nosotros... está en relación con esos dirigentes mexicanos de la planeada revolución.

—Exactamente. Alguien bien relacionado en México.

—¿Y cómo sabrás quién es?

—No va a ser fácil. Por eso te pido ayuda, Gladys.

—Pero..., ¿qué puedo hacer yo? Y otra cosa: mi padre está muy bien relacionado en México, y quizá hayas pensado que es él la persona que...

—También podría ser la niña Rosario —sonrió Diego.

—¡Oh, vamos, claro que no! —exclamó Gladys.

—¿Por qué no? Pertenece a una de las familias importantes de México, ¿sabes? Y quizá esa familia quiera ser todavía más importante instalándose en el poder.

—Eso me parece una barbaridad... ¡yo más bien desconfiaría de Davidson!

—No —negó Diego—. Davidson es sólo uno de la banda.

—¿Qué? —respingó Gladys.

—Sí, mujer. Es uno de la banda, que se metió en la diligencia en San Antonio para dominar la situación con su revólver cuando sus compañeros apareciesen en el camino. Cuando me di cuenta de esto, ya no podía tomar pasaje en la diligencia de San Antonio, así que salí a caballo y me adelanté, enviando por delante de mí a Pantaleón y los otros, por si el asalto se producía

antes de lo convenido. Estaba dispuesto a cargarme a Davidson en Cofulla si no podía tomar la diligencia con vosotros, pero ya ves, tuve suerte.

—Entonces... ¡Davidson debe saber quiénes son los dirigentes de la revolución que...!

—No, no. Davidson es un pistolero, simplemente. Quien quizá lo sepa es el jefe de la banda que aparecerá después del amanecer. Y es por eso que los espero: si no puedo saber aquí mismo quién es la persona que se comprometió a conseguirles el dinero a los revolucionarios, tendré que preguntárselo al jefe de la banda. Por eso esperamos aquí. O lo sé por un medio o lo sabré por otro. Pero tengo que saber quiénes son esos revolucionarios, para quitarlos de en medio.

—Bueno, yo... yo podría sonsacar a la señorita Salvatierra, claro...

—Pero con mucho cuidado. Y con mucha discreción. Porque, Gladys, todavía cabe la posibilidad de que el señor Locker no sea lo honrado que yo creo, y que sea él la persona bien relacionada con los revolucionarios, y que espere buenos beneficios después de haberles puesto a su alcance setenta y cinco mil dólares.

—No... no se me había ocurrido... ¿Y qué piensas hacer con respecto a Davidson?

—Tengo tiempo para pensarlo. De momento le dejaré que vaya confiándose, como si no supiera nada de él, y quizá haga algo que nos facilite las cosas. La noche va a ser muy larga.

—¿Quieres decir que no vamos a dormir?

—Nadie va a dormir —sonrió Diego—, a menos que lo haga en el comedor, sentado en una silla. Pero quiero que todos estén juntos, que puedan... relacionarse. Quizá Davidson sepa más de lo que yo creo y cometa un fallo al comunicarse con esa persona.

—Sí, lo entiendo... ¡Y yo que creí que de verdad eras un bandido!

—Pues ya ves que no.

—¡Oh, Diego, cuánto me alegro...!

Gladys se colgó del cuello de Diego, ofreciéndole de huevo su boca y aplastando su, pecho contra el de él. Diego percibió a través de la tela la calidez del seno de Gladys Maxwell, y mientras la besaba una vez más, deslizó una mano entre ambos cuerpos. Sus dedos llegaron al escote. Gladys se estremeció, y su boca se hundió más en la de él, su cuerpo se apretó más... y percibió así la manifestación viril de Diego. Entonces se apartó, sobresaltada.

—Lo siento —murmuró él—, pero no soy de piedra, Gladys.

—No... no te... te preocupes —tartamudeó ella—. Es natural que... que... Bu... bueno, yo... yo también siento... que la cabeza me da vueltas y..., y que...

No pudo seguir hablando. Simplemente, lo miraba, agitada la respiración, abierta ansiosamente la boca. Diego deslizó una mano bajo el chal, luego bajo el vestido, por el escote. Percibió la dura turgencia de la ardiente carne femenina... y el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Gladys Maxwell. Sus dedos apretaron suavemente el pecho de la muchacha, que estaba tenso, palpitante. Era como si Diego tuviese en la mano el corazón de Gladys... mientras seguían mirándose a los ojos, llenos de estrellas.

—Nunca... nunca ha... había sentido... nada parecido —jadeó ella.

Por debajo del chal, Diego deslizó hacia un lado el hombro del vestido, y luego hizo lo mismo con el otro hombro. Las estrellas parecieron arder sobre el desnudo pecho de Gladys Maxwell. Diego se inclinó, y lo besó. En el silencio de la noche se oían los leves chasquidos de los besos en la tibia carne femenina. Gladys suspiró fuertemente, y sus manos se unieron en la nuca de Diego, hundiendo sus finos dedos en la densa melena leonina del mexicano.

—Diego, me... me estás... No... Por favor, no más, me... me estás... alterando tanto que... que... No, no más, por... favor... No, eso no... No... Por... favor...

Diego terminó de tenderla en el suelo puro y simple, y, tendido a su lado, la besó de nuevo en la boca, que pareció derretirse en la suya. Había pasado un brazo bajo la nuca de la muchacha, y con la mano libre seguía acariciando sus pechos, a cada instante más ardientes y tensos... Gladys emitió un gemido ahogado cuando la mano de Diego se deslizó sobre su falda. Apartó la boca con un gesto vivo y rápido, ansioso, y gimió:

—Diego, no... No aquí y así...

—Quizá mañana yo esté muerto —susurró—. Quizá nunca podamos volver a amarnos, Gladys. Pero si no lo deseas como yo...

—Oh, Diego... ¡Diego!

Gladys Maxwell se abrazó con ambos brazos al cuello de Diego, y buscó su boca. Ya no protestó cuando él decidió que aquel momento, en aquella noche estrellada, era tan bueno como otro cualquiera para el amor.

\* \* \*

La mirada de Rosario Salvatierra fue vivamente hacia la puerta cuando los dos regresaron a la posada, y, enseguida, tan sólo con mirar a Gladys, una

expresión de hosco desprecio apareció en los gorditos labios de la bella mexicana. También los demás los miraron, y repararon en el resplandor de los ojos de Gladys, en su alborotada cabellera rubia, en la intensidad del color de su rostro... Spencer Maxwell palideció, y apretó los labios, bajando enseguida la mirada. Gladys fue a sentarse a su lado, en una silla.

—Don Diego —preguntó Pantaleón—, ¿hace linda noche?

—Muy linda —sonrió Diego—. ¿Todo bien por aquí?

—Todo bien, pero la doña se nos está muriendo de puritito sueño.

Señaló con el bigote a María Josefa, que contemplaba todavía, incrédulamente, a Gladys Maxwell, la cual mantenía baja la mirada.

—Pues será mejor que espabile —comentó Colby—, porque la cosa va para largo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dennis Locker.

—Quiere decir —intervino Oversham— que nos vamos a pasar toda la maldita noche en vela.

—¡Eso es inhumano!

—Tal vez —intervino ahora Delaney—, pero así están las cosas, señor banquero. De todos modos, podríamos pasarlo mejor si no estuvieran ustedes de tan mal humor. Podríamos charlar de algo, ¿no?

Silencio.

A los pocos segundos apareció Demetrio, secándose las manos. Sonrió al ver a Diego, miró a Gladys, amplió su sonrisa con un gesto no poco granuja, y ofreció:

—¿Una tequilita, don Diego?

—Pos bueno...

—Doble pa mí —dijo Pantaleón—. Y ponle una sencilla a doña María Josefa, a ver si se reanima un poco.

—¡Yo no quiero tequila! —saltó María Josefa—. ¡Jesús!

—Ya volvemos con los rezos.

—Oye, Demetrio —dijo Oversham—, la próxima vez que pasemos por aquí has de tener *whisky*.

—Pero si ya tengo.

Oversham dio un brinco sentado sobre el mostrador.

—¿Qué? —aulló.

—Pos que ya tengo *whisky*.

—¡Maldito seas! —aulló Colby—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque nadie me lo preguntó.

Los tres tejanos comenzaron a maldecir a la vez hasta que Demetrio sacó dos botellas de *whisky* de debajo del mostrador.

—¡La madre que te parió! —aulló Delaney—. ¡Deberíamos cortarte las orejas, cabrón!

Demetrio se echó a reír, porque había insultos que no te afectaban, considerando que estaba soltero. Sirvió tranquilamente las tequilas a Diego y Pantaleón, y otra para sí. Diego miró al guarda y al conductor de la diligencia.

—Pueden echar un trago, si quieren —ofreció, señalando hacia los tres tejanos.

Cronwell y Davidson se pusieron en pie inmediatamente y Spencer Maxwell lo hizo tras una ligera vacilación. Diego se quedó mirando al sombrío guarda.

—¿Usted no bebe, Fergus?

—No.

—Está escocido, ¿eh? Así aprenderá a no insultar a la gente. ¿Y usted, señor Locker? ¿No bebe?

—No, gracias, yo no tengo costumbre.

—Pos mejor que usted. ¿Y las señoras? Parece que tampoco acostumbran darle al codo. ¿Tomarían café? Anda, Demetrio, prepara café. Todos vamos a tener que beber mucho café esta noche, para no dormirnos. Tú no bebas café, Pantaleón.

—¡Seguro que no! —exclamó el bigotudo mexicano—. ¡A mí me da sueño!

Un cuarto de hora más tarde, Locker y las mujeres tomaban café. Gladys se las arregló para sentarse junto a Rosario y conversar con ella, haciendo caso omiso del visible desprecio de la mexicanita. Diego, con uno de sus cigarros encajados entre los dientes, iba mirando de uno a otro de sus invitados. Si alguien parecía no necesitar café era él, y nadie dudó que podía pasar perfectamente toda la noche sin dormir.

Oversham dijo de pronto, con tono festivo:

—Oye, don Diego, que Davidson está rondándonos mucho, como si quisiera quitarle el revólver a uno de nosotros.

Davidson respingó y palideció. Diego sonrió.

—Pos bueno —dijo amablemente—: que lo haga.

—Ah, bueno.

Los tres tejanos rieron, mirando burlonamente a Davidson, que estaba lívido.

—Y es que el mundo está lleno de desagradecidos —dijo Pantaleón—. Los convidas a cenar, a *whisky*, a tequila, a café, y a una charla amena, y nada. ¡Y encima te quieren quitar el revólver! ¡Jijos de águila! O mejor, ¡de zopilote!

—Eso —dijo Diego; y miró de pronto a Rosario—. ¿Tampoco quiere café, niña Rosario?

Ésta le miró con ojos centelleantes, sin contestar. Diego se puso en pie, y dijo:

—Demetrio, ¿me prestas tu dormitorio?

## CAPÍTULO VII

Todas las miradas convergieron en Diego. Demetrio sonrió maliciosamente.

—Pos claro que sí, don Diego. ¡Es todo suyo!

—Gracias. A ver, tú, niña Rosario, ven conmigo.

Rosario de Salvatierra se irguió vivamente, palideciendo. Gladys miró sobresaltada e incrédula a Diego, que pareció no darse cuenta. María Josefa comenzó a emitir sus exclamaciones beatíficas. Pantaleón dijo:

—¿Otra vez, don Diego?

—¡Pos que quieres...! Algo hay que hacer para pasar el rato.

—Eso es verdad —dijo Pantaleón—. Luego iré yo con doña María Josefa.

—¡Jesús bendito! —gimió María Josefa.

Diego sacó el revólver y la apuntó.

—No se preocupe mi señora doña María Josefa —dijo amablemente—, que Pantaleón no le va a poner la mano encima, porque yo le voy a quitar la misma vida para evitarle ese mal rato.

—¡Don Diego, que sería un buen rato! —protestó Pantaleón.

—Pos bueno, le meto una bala en el pecho y así le evito un buen rato —asintió Diego—. A menos que la niña Rosario se venga ahorita mismo conmigo al dormitorio de Demetrio.

—Canalla —jadeó Rosario—. ¡Oh, Dios, qué canalla!

—Voy a contar hasta tres, niña, uno, d...

Rosario de Salvatierra se puso en pie. Diego sonrió, regresó con acrobático gesto el revólver a la funda, y señaló hacia el fondo de la posada, detrás del mostrador. Rosario caminó como si sus piernas fueran de plomo. Pasó tras el mostrador. Diego apartó la cortina, y la muchacha desapareció. Sin más, Diego pasó tras ella. Había un corto pasillo, y sólo dos cuartos en aquella parte de la posada. Uno de ellos estaba lleno de cajas y sacos. En el otro había un camastro, apenas visible en la penumbra. Diego entró, localizó el quinqué y lo encendió. Desde el umbral de la puerta, Rosario le contemplaba fijamente, lívida. Diego la tomó de un brazo, la hizo entrar, y cerró la puerta.

—Y esta vez va en serio —dijo—: o se aviene a razones, o mato a su dama de compañía. ¿Está claro?

Rosario se pasó la lengua por los labios.

—¿No ha tenido bastante con la yanqui? —susurró.

Diego alzó las cejas, como sorprendido. Enseguida, sonrió.

—Pos no. Soy insaciable.

Rosario aspiró profundamente, y con manos temblorosas comenzó a desvestirse. Diego volvió a alzar las cejas. Luego, entornó los párpados, sus ojos parecieron dos grietas negras en el bronceado rostro. Rosario de Salvatierra estaba ya en enaguas y corpiño. Tragó saliva y musitó:

—¿Me tengo que quitar más ropa?

—Pos cuanta más se quite, más cómoda estará, ¿no?

Rosario se mordió los labios, y se quitó un poco más de ropa. Cuando miró a Diego, expectante, éste se limitó a sonreír... y la muchacha terminó de quitarse la ropa hasta que quedó desnuda de cintura para arriba... y con muy poca cosa de cintura para abajo. Diego, que se había sentado en el borde del camastro, dejó caer el cigarro, lo aplastó, y se puso en pie, quedando frente a la muchacha. Pasó las manos hacia la nuca de ella, y soltó completamente su cabellera, que ella había recogido de nuevo antes de la cena. La negra cascada relució con reflejos azules a la luz del quinqué. Rosario parecía una estatua. Diego se inclinó y la besó suavemente en los labios. Ella no se movió, no hizo nada.

—Tienes los labios helados —susurró Diego.

Ella no contestó. Diego puso sus manos sobre los senos de Rosario, que cerró los ojos, estremeciéndose. Él retiró las manos, y se quedó mirando la armoniosa línea de la garganta de Rosario, sus delicados hombros, los pechos altos y rotundos, plenos, esponjosos... Diego volvió a inclinarse, y besó delicadamente primero un pezón y luego otro.

Un gemido brotó de la boca angustiada de Rosario.

—Todo iría mejor si fueses menos orgullosa —susurró él.

Ella abrió los ojos. Diego sonrió, un tanto crispadamente:

—Di tan sólo: don Diego, te amo. Y todo irá mejor para ti.

—No —dijo ella—. No lo diré.

—No seas tonta.

—Puede matarme a mí si quiere, o puede tomar mi cuerpo a cambio de la vida de María Josefa... pero nunca me oírás decir eso. ¡Nunca!

—Pos entonces, no me interesa.

—¿Qué? —exclamó Rosario.



Diego volvió a sentarse en el camastro.

—Has sido muy amable al mostrarme tus bellezas, Rosario, pero no te he traído aquí para eso.

—Pe... pero... ¡yo creí...!

—Creíste mal, y yo me he limitado a dejarte hacer. Eres muy hermosa. Pero de ti sólo me interesa saber si eres la persona que estoy buscando.

—No... no comprendo lo que...

—¿Eres la persona que está ayudando a los dirigentes de la revolución de la que antes hablé?

Los ojos de la muchacha se abrieron al máximo, y Diego masculló algo por lo bajo, disgustado.

—Quiero que me digas qué has venido a hacer en Texas. Te he traído aquí sólo para eso, por si se trata de que no quieres que nadie sepa sus cosas. Yo entiendo eso. Pero ahora estamos solos, y te aseguro que nadie sabrá lo que me digas a mí. Siento haber tenido que recurrir a esto, pero sé que Gladys no habría podido sonsacarte nada. ¿Qué has venido a hacer en Texas?

—Yo... yo... Bueno, vine... a ver a mi... mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Sí. Ella se... se vino a Texas con... con un tejano, y yo... he venido para rogarle que vuelva a México, a casa.

—¿Quieres decir que tu hermana se casó con un tejano y se vino aquí a vivir con él?

—No... No se casó con él. Sólo se vino con él. Se... se enamoró y se vino con él. Yo supe que estaba en un pueblecito cerca de San Antonio, y vine... a rogarle que regresara conmigo.

—¿Y ella se ha negado?

—Sí. Está... está esperando un hijo.

—Caray —sonrió Diego—. Y soltera, ¿eh? ¡Vaya un golpe para los Salvatierra! Comprendo que no quisieras hablar de ello. Y sólo quisiera estar seguro de que no estás mintiendo.

—No estoy mintiendo. Y mi hermana se va a casar con el tejano, muy pronto:

—Entonces, todo termina bien, ¿verdad? Ella tiene su tejano, y tú vuelves a casa a decirle a tu padre que la niña se va a casar. ¿Es eso?

—Sí.

Diego se pasó una mano por la boca, pensativo. Creía a Rosario, pero a veces se puede ser tan ingenuo... Cualquiera puede mentir, especialmente si es una persona que está apoyando una canallada contra miles de peones

honestos e ingenuos que creen las mentiras que les cuentan. Porque bien está una revolución cuando se persiguen beneficios para el pueblo, pero está muy mal cuando miles de personas sólo van a ser utilizadas para satisfacer deseos de personas ambiciosas...

Comprendió de pronto que no iba a conseguir nada así, hablando uno por uno con los viajeros de la diligencia. Todos podían mentir, y él no tenía medios de saber que lo hacían. Su intención había sido averiguar la verdad antes del amanecer, para evitar a todos los riesgos de un enfrentamiento con la banda que en aquellos momentos debía estar buscando la diligencia, pero... eso no parecía factible. Tenía que averiguar la verdad de otro modo, o no tendría más remedio que esperar a la banda.

Muy bien.

La negra mirada del mexicano pareció volver a la realidad. Quedó fija en el pecho de Rosario, que por fin, lentamente, subió las manos y procuró ocultarlo. Diego miró los llameantes ojos de Rosario, y sintió dentro de él como una tormenta de fuego.

—Vístete —susurró.

Rosario de Salvatierra se apresuró a obedecer, observada por Diego. Así son las cosas: aquella muchacha se habría dejado matar antes de mostrarse desnuda ante él si sólo se hubiera tratado de protegerse a sí misma, pero había cedido a todo para salvar la vida de su dama de compañía. Muy generosa y noble, pero... ¿también era sincera?

Cuando aparecieron en la sala grande de la posada se hizo un completo silencio. María Josefa comenzó a gemir. Rosario fue a sentarse, y le pidió que recogiera su cabello. Gladys miraba como aturdida a Diego, que le sonrió.

—¿Una tequilita para reponer fuerzas, don Diego? —ofreció el servicial Demetrio.

Diego movió negativamente la cabeza, y dijo, paseando la mirada por sus «invitados»:

—Estaba dispuesto a hacerlo de un modo más sutil, pero he comprendido que no va a poder ser, de modo que iremos directos al asunto. Poco después del amanecer, un grupo de hombres armados vendrán aquí en busca del dinero. Naturalmente, si nos vamos durante la noche, no nos encontrarán, y todos nos evitaremos sobresaltos. Pero si nos quedamos, ellos nos encontrarán, y querrán llevarse el dinero caiga quien caiga. A menos que una persona se presente ahora mismo a mí como el colaborador de los dirigentes de la revolución al otro lado de Río Grande. Uno de ustedes sabe a qué me refiero: está ayudando a esa gente a conseguir dinero para comprar armas. Yo

sólo quiero que me diga quiénes son esos revoltosos, y quiénes son los que van a venderles las armas. Muy bien: ¿quién de ustedes es esa persona?

Silencio absoluto. Algunos ni siquiera parecían entender. Diego frunció el ceño, y miró a Davidson.

—Davidson, usted pertenece a la banda, y sabe que lo que he dicho es cierto. ¿Cuál de estas personas es la que busco?

—Usted está loco si cree que yo...

—Déjese de tonterías. ¿Conoce o no a esa persona?

—No —gruñó Davidson.

—En ese caso, no tengo por qué seguir soportando su presencia.

—¿Quiere decir que puedo marcharme?

Pantaleón soltó una risotada, y Oversham, Delaney y Colby miraron irónicamente a Davidson.

—Podría marcharse —dijo Diego— si me dijera quién es esa persona.

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Pero sí es usted de la banda, ¿no es cierto? La banda qué pensaba asaltar la diligencia más cerca de Laredo.

—Sí —masculló Davidson—. Sí, lo soy.

—Bueno, dígame quién es la persona que busco y le dejaré marchar a reunirse con sus amigos.

—Le vuelvo a repetir que no sé quién es esa persona. Si lo supiera se lo diría, porque voy comprendiendo que si no lo hago me van a matar. Pero no sé quién es.

—Sin embargo, sí debe conocer a los de la banda, ¿no?

—¡Sí, eso sí! —gruñó Davidson.

—¿Cuántos y quiénes son?

—Siete —farfulló Davidson—. El jefe es Masters. Los demás se llaman Body, Humboldt, Nickers, Stacey, Crockett y Nivers. Y no tardarán en llegar aquí, ¿sabe?

—No nos encontrarán hasta el amanecer. Y yo quisiera no estar aquí entonces. Vamos, Davidson, sea sensato. Si nos dice...

—¡Maldita sea ya le he dicho que no sé eso, si lo supiera se lo diría! ¡No me hace ninguna gracia que me maten como a un perro!

—No lo voy a matar como a un perro, pero puesto que no me sirve de nada, comprenderá que no voy a permitirle que siga con nosotros, y que nos complique la vida cuando lleguen sus amigos... Porque si esa persona no sale, vamos a permanecer aquí esperándoles... ¿No quiere darse a conocer esa

persona? ¿No? Pues aquí seguiremos todos menos usted, Davidson. Lo siento, pero tengo que matarlo. Dadle un revólver.

Colby se quitó el cinto, y se lo puso tranquilamente a Davidson, cuyas facciones estaban rígidas. Pero en sus ojos había incredulidad, desconfianza... y una cierta expresión satánica.

—¿Debo entender que va a matarme cara a cara, en pelea? —susurró.

—Sí. Pero todavía está a tiempo de decirme quién es la persona que busco y escapar con vida de todo esto. Un favor por otro, Davidson, eso sería todo. Lo dejaríamos aquí y nos marcharíamos. Y cuando llegasen sus amigos podría irse con ellos.

—Está bromeando.

—No.

—Pues entonces está queriendo asustarme sólo porque en Cofulla metió en cintura a unos desgraciados. Y yo no soy un desgraciado.

—No —dijo Pantaleón—. Sólo es un hombre muerto si sale afuera con don Diego.

—¿Él y yo solos? —ladeó la cabeza Davidson.

—Pos claro, mamón.

—Eso me gustaría verlo.

—¿No tiene nada más que decir? —preguntó fríamente Diego.

—Lo repito: me gustaría ver eso.

—Le espero afuera, entonces.

Y para pasmo de Davidson, Diego salió de la posada, inmediatamente, West Davidson pensó que con un revólver a la cintura, él podía dominar la situación... si conseguía sorprender a Pantaleón y a los dos tejanos que quedaban armados. Pero una mirada a éstos le hizo comprender que era mejor salir a enfrentarse con un solo hombre. Sonrió malignamente, se dirigió hacia la puerta, y salió.

Enseguida vio llegar a Diego, a unos pocos pasos. Y oyó su voz:

—Venga para acá, Davidson. No vale la pena que disparemos cerca de la posada. Vamos a esa parte despejada del terreno.

—Muy bien.

La mirada de Davidson volvió hacia atrás. No podía creer lo que estaba sucediendo, con seguridad le estaban tendiendo alguna trampa. Sí, seguramente alguno de los amigos del mexicano le dispararía por la espalda... Pero no había nadie a la puerta de la posada. Él y Diego estaban solos. ¿Estaba loco aquel mexicano? Cuando se detuvieron, tras haber caminado de medio lado ambos sin perderse de vista, Diego dijo:

—Escuche, Davidson, le he hecho salir para que no tema usted decirme aquí lo que sabe. La persona que está ahí dentro nunca sabrá que usted me lo dijo, pues simularemos que lo he matado pero lo dejaré vivo, amarrado y escondido en la cuadra, y así, aunque las cosas me salieran mal a mí, usted quedaría vivo, y podría escapar antes de que llegasen los otros y le encontrasen vivo y comprendieran entonces que había traicionado a esa persona. ¿Me entiende?

Mientras Diego hablaba, Davidson había mirado de reojo y rápidamente hacia los caballos. Sólo tenía que meterle una bala en el cuerpo a aquel mexicano, saltar sobre uno de los caballos, y marcharse de allí en busca de Masters y los demás.

Así que dijo:

—Es usted un idiota, sucio mex...

Y mientras hablaba, más por distraer a Diego que por hacer conocer a éste su opinión sobre él, Davidson recurrió al viejo truco de comenzar a desenfundar a toda velocidad...

¡Bang! sonó el disparo.

Davidson lanzó un aullido al tiempo que saltaba hacia atrás violentamente, con una bala en el corazón. Cayó de cabeza, rebotó como si todo su cuerpo fuese de trapo, y quedó inmóvil, caído de bruces. Diego se acercó, le pasó un pie bajo el cuerpo y le dio la vuelta. Movié la cabeza con un gesto de pesar al ver los desorbitados ojos del pistolero, y se inclinó a quitarle el cinto de Colby.

—Pandilla de matones estúpidos —masculló.

Repuso el cartucho gastado, enfundó, y regresó al interior de la posada, donde los «invitados» le recibieron con miradas desorbitadas, mientras que Pantaleón y los tres tejanos continuaron como si tal cosa.

—Colby —llamó Diego.

Le tiró el cinto con el revólver, que Davidson ni siquiera había llegado a tocar. Colby se lo colocó, y se dedicó a liar un cigarrillo... Oversham sentado como siempre en el mostrador, bebió un trago directamente de la botella.

—¿Lo enterramos, don Diego? —preguntó Pantaleón.

—No vamos a molestarnos en eso —rechazó Diego—. Bien, damas y caballeros: ¿sigue sin darse a conocer esa persona?

Silencio.

—De acuerdo —murmuró Diego—: Nos quedaremos aquí a la espera de esa banda.

—Pero ellos... tampoco querrán decírselo, don Diego —tartamudeó Dennis Locker—. Eso en el supuesto de que usted consiga capturarlos vivos.

—A alguno capturaré vivo, señor Locker. Y con ese hombre no tendré tantas consideraciones.

—¿Con... consideraciones?

—¿Acaso no ha comprendido lo muy considerado que estoy siendo con ustedes? Podría torturarlos, y obtendría la verdad. Pero correría el riesgo de torturar a un inocente antes de llegar a esa verdad, y eso no me gusta. En cambio, sea cual sea el amigo de Davidson que cacemos vivo, ése no tendrá nada de inocente.

—¿Y si no capturasen ustedes ninguno vivo?

—Bueno, señor Locker, en ese caso mucho me temo que mis consideraciones con todos ustedes habrían terminado. Porque lo cierto y seguro es que nadie va a salir de aquí hasta que yo sepa lo que quiero saber. ¿Alguna sugerencia?

De nuevo el silencio como respuesta. Diego hizo un gesto de asentimiento, y señaló hacia el exterior con la barbilla.

—Preparadlo todo —dijo.

Pantaleón y los tres tejanos salieron de la posada.

La noche se presentaba muy larga.

## CAPÍTULO VIII

Oversham había terminado por tenderse sobre el mostrador y parecía dormido. Colby y Delaney, en sendas sillas, parecían meditar sobre las peripecias de la vida. Pantaleón, sentado ante la mesa, se había apoyado de brazos en ésta, y con la cabeza entre las manos, resoplaba en fuertes ronquidos que agitaban su bigote. Frente a él con uno de sus cigarros entre los blancos dientes, Diego observaba amablemente a sus «invitados».

María Josefa parecía en todo momento a punto de caerse de la silla, completamente dormida, y resoplando cómicamente. Junto a ella, Rosario de Salvatierra la enderezaba de cuando en cuando, alternando esta actividad con furtivas miradas a Diego. Fergus, Cronwell y el banquero Locker también dormitaban. Spencer y Gladys Maxwell pasaban del sueño a la vigilancia con frecuencia.

Y así hasta que, por fin, Diego murmuró apenas:

—Pantaleón.

El menudo mexicano quedó a la mitad de un ronquido, alzó la cabeza, y miró a Diego.

—Sí, don Diego.

—Ve a despertar a Demetrio, y dile que nos prepare el desayuno. Pronto amanecerá.

—Qué bueno. ¡Tengo hambre!

—Yo también —dijo Oversham, sentándose en el mostrador.

Los demás se removieron y acabaron por despertar, menos María Josefa, a la cual se quedó mirando cómicamente Pantaleón. Se acercó a ella y batió palmas sonoramente. María Josefa despertó respingando fuertemente, sobresaltada, desorbitando los ojos.

—¡Jesús bendito! —exclamó.

—Mi señora doña Josefa —dijo melosamente Pantaleón—; ¿qué se le apetece para desayunar?

—Desde luego, tienes mala leche —amonestó Colby—. ¡Con lo bien que dormía la señora!

—Pos bueno, pero si la han de matar, que se dé cuenta —gruñó Pantaleón—, porque si no, no tendría tiempo de encomendarse al Buen Dios, y se iría de cabeza al limbo. ¿Unos frijolitos con tocino, Maripepa?

—Se llama María Josefa —rió Delaney.

—Pos eso: Maripepa. ¿Y a ti quién te metió en esto? Más te valdría rezar el rosario con Maripepa.

Dicho esto, Pantaleón se metió en la vivienda de Demetrio, que se había retirado a descansar como Dios manda en su camastro.

Al poco se oyó una maldición, y Demetrio salió en calzoncillos largos, persiguiendo a Pantaleón, que reía estruendosamente.

—¡Maldito enano bigotudo! —jadeó Demetrio—. Pos no me ha despertado dándome tirones de las bolas...

Delaney, Oversham y Colby se echaron a reír. Diego pareció de lo más divertido:

—Pero hombre, Demetrio, que hay señoras —regañó—. ¿Cómo se te ocurre salir así ante ellas?

—¡Qué me ha tirado de las bolas!

—Pero las tienes todavía, ¿no?

—Pos sí —sonrió Demetrio, palpándose—. Todo está en su sitio, mi señor don Diego. Tengo mis bolas.

—Pues muévelas hacia la cocina. Pero antes vístete.

Refunfuñando, Demetrio regresó a su cuarto, mientras Colby reía por lo bajo.

—Demonios de Pantaleón... Con lo pequeño que es y la guerra que da. Oye, Oversham, ¿te acuerdas de aquel día que te metió un sapo en cada bota y tú te pusiste las botas y casi te mueres del susto?

—Sí —sonrió el rubio tejano—. ¡Fue muy gracioso! ¿Y te acuerdas tú del día que te metió un chumbo en el sombrero y tú te lo pusiste tan Campante?

—La madre que lo parió... —masculló Colby.

—¿Y te acuerdas tú —miró Pantaleón a Delaney, que reía a mandíbula batiente— del día que te até los pies y cuando te despertaste te caíste de morros no más?

—¡Eso fue muy bueno! —exclamó Oversham.

—¡Seguro! —rió Colby—. Casi se metió de narices en el bote del café...

Demetrio apareció, camino de la cocina, terminando de vestirse apresuradamente y mirando hacia las ventanas.

—¡Pero si todavía es puritita noche, me cago...!



—Pronto amanecerá —dijo Diego, sonriente—. ¿La niña Rosario querrá desayunar?

La miró. Rosario desvió la mirada, sin contestar. Pantaleón se dio un tirón de bigote.

—Ha dicho que no. Su ración pa mí, Demetrio.

—Pendejo del demonio... ¡Vuelve a tocarme las bolas y ya verás lo que hago con tus bigotes!

—¿Qué bigotes? —se asombró Oversham.

Diego se puso en pie y se colocó ante una de las ventanas. Todavía era de noche, en efecto, pero él sabía perfectamente que muy pronto aparecería un resplandor morado por el Este... Notó la presencia de alguien a su lado, giró la cabeza, y sonrió.

—Querida Gladys, buenos días. Siento la noche que...

—Diego, quiero hablar contigo —susurró la muchacha—. A solas. Es importante, me parece. No estoy segura, pero... bueno, es mejor que salgamos.

Diego miró hacia el exterior, y movió negativamente la cabeza.

—Ya no vamos a salir —susurró—. Ve a esperarme al cuarto de Demetrio.

Se reunió con ella tres minutos más tarde. Gladys estaba de pie en el centro del cuarto, esperando con impaciencia. Diego cerró la puerta, y se quedó mirándola.

—¿Qué ocurre? ¿Has sabido algo? ¿De qué modo?

Gladys se acercó a él, y se abrazó a su cintura, ofreciendo su boca. Diego se inclinó a besarla..., y oyó el leve chasquido inconfundible de un revólver al ser retirado de su funda de cuero. Quedó inmóvil, con los labios rígidos, cuando notó en su vientre la presión del cañón. Gladys retiró su boca, y susurró:

—Retrocede despacio, mexicano. Y si quieres que te mate, intenta algo contra mí.

Diego retrocedió, despacio. Quedó a tres pasos de Gladys, mirándola fijamente, inexpresivo el rostro. Bajó la mirada hacia su revólver, con el que Gladys le apuntaba al pecho. La preciosa rubia alzó el percutor, y el tambor giró.

—Te diré lo que vamos a hacer —deslizó Gladys—. Vamos a salir de aquí, tú delante y con las manos en alto. Yo me quedaré detrás de ti en el pasillo, sin que me vean tus amigos, y tú les ordenarás que entreguen sus armas a mi padre. ¿Lo has entendido, cerdo?

—Es decir —sonrió Diego—, que no me amas.

La furia hizo enrojecer el hermoso rostro de Gladys.

—¡Amarte! —pareció escupir—. ¿Crees que me entregué a ti por amor?

—Ya veo que no. Pero puestos a hacer esto, pudiste hacerlo anoche mismo, en lugar de hacer el amor conmigo, ¿no te parece?

—Te las das de listo, y no eres más que un mexicano ignorante con modales diferentes —jadeó Gladys—. ¡Ya me cobraré el placer que anoche tomaste de mi cuerpo! ¿Quieres saber por qué cedí anoche?

—Me gustaría saberlo.

—Porque tenía que confiarte, y sobre todo, porque no estaba segura de poder mantener la situación durante toda la noche... Pero ahora, cuando debe faltar poco para que lleguen Masters y los demás, todo será diferente. Amenazándote a ti, sé que tus amigos no harán nada, pues te quieren demasiado, me he dado cuenta. Y estaremos esperando que llegue Masters, vosotros desarmados, y mi padre y yo con todas las armas. Ahora, da media vuelta y volvamos allá.

Diego dio media vuelta, abrió la puerta... y Pantaleón quedó visible en el umbral, hurgándose entre los dientes con una astilla. Gladys lanzó una exclamación, apuntó al bigotudo mexicano, y apretó el gatillo.

Clic, sonó el revólver de Diego. Éste se volvió y se quedó mirando irónicamente a Gladys.

—¿Decías algo? —inquirió.

Gladys miró el revólver, lo desvió hacia Diego y apretó rápidamente por tres veces el gatillo. De nuevo sonó el arma con secos y metálicos «clic, clic, clic». Diego metió la mano en un bolsillo, y sacó las seis balas, que mostró sobre su palma a la muchacha. Gladys parecía ahora paralizada, y estaba lívida como un cadáver.

—¿Lo ve, don Diego? —dijo muy satisfecho Pantaleón—. Ya le dije que la señorita Maxwell y el señor Maxwell se parecen uno al otro como mi cara a mi culo. O sea nada. Ya verá: pregúntele si son de verdad padre e hija.

—¿Lo sois? —preguntó Diego, recuperando suavemente su revólver de la yerta mano de Gladys.

Ella aspiró hondo. Diego recargó el revólver, lo enfundó y miró duramente a la muchacha.

—¿Lo sois? —preguntó de nuevo.

—No... No.

—¿Se da cuenta, don Diego? —se ufanó de nuevo Pantaleón—. ¡Si me hubiera hecho caso...!

—Era un riesgo, Pantaleón... el riesgo de maltratar a alguien que no lo merecía.

—Es usted demasiado blando, mi señor don Diego. ¿Por qué no le pregunta a la señorita qué son ella y el señor Maxwell?

—¿Qué sois? —preguntó Diego.

Gladys no contestó. Pantaleón entró en el cuarto y dijo:

—Pos son amigos, amantes, o cualquier porquería de ésas. ¿A que sí, señorita? Él es un canalla, y usted es la golfa que va con él aunque podría ser su padre. Pero como el hijoputa ese le va comprando cosas y la hace vivir bien, ¡pues hala, a chingar con él y ser tan retemala como él! ¿A que sí? ¡Conteste, o le meto una patada en su sitio pecador, usted me entiende!

Pantaleón se dispuso a lanzar el puntapié, pero Gladys reaccionó, respingando, y retrocedió llevándose las manos al regazo en gesto de protección.

—¡Sí, sí, sí, es todo eso! —jadeó—. ¡Sí!

—Debería meterle el pie ahí, guarra. ¿Lo hago, don Diego?

—No, déjala. Vamos a por Maxwell.

Diego salió del cuarto, y Pantaleón agarró a Gladys por la rubia melena, y la empujó hacia la puerta.

—Camina, bruja —masculló—. ¡Querer matar a mi señor don Diego! ¡Espera que pueda entendérmelas contigo!

El primero en aparecer tras el mostrador fue Diego. Tras él lo hicieron Gladys y Pantaleón, éste sujetándola todavía por el cabello. Al ver esto, Maxwell lanzó una exclamación, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta... Colby extendió una pierna, Maxwell tropezó con el pie, y cayó de bruces. Delaney se acercó a él rápidamente y le puso un pie en la nuca.

—¿Le rompo el cuello, don Diego?

—No. Deja que Pantaleón se las entienda con él... A menos que el señor Maxwell quiera ahorrarse un malísimo rato y nos diga lo que queremos saber. ¿Qué dice usted, señor Maxwell?

—No sé nada —jadeó éste—. ¡No sé nada, sólo me he asustado...!

—Pantaleón —dijo Diego.

—Sí señor, con muchísimo gusto, don Diego. ¡Ujele, le voy a regalar una cabellera a Maripepa! Talmente como si fuera una indiecita apache, no más. Pero el tipo es un poco pelón, don Diego.

—No importa. Tiene cabellos suficientes para que nos enseñes cómo arrancan los apaches las cabelleras. ¡Ándele con él!

Pantaleón sacó el cuchillo, y se pasó el filo por la palma de la mano, mirando a Gladys.

—Y usted —dijo con truculencia—, no se me mueva, que ahorita vuelvo pa cortarle esa lengua mentirosa, y le cortaré los botijos, como recuerdo romántico... ¡Pero primero cortaré la cabellera a ese gorrino! Delaney, sujétamelo bien, que tú tienes las patas muy blandas y se te puede escapar cuando grite...

—¿Quién tiene las patas blandas? —gruñó Delaney—. ¿Quién?

—Pos el hijo de tu señora mamá, a la que presento mis respetos lo mismo si está en la Tierra como en el Cielo.

—Amén —dijo Oversham.

Pantaleón se arrodilló junto a Maxwell y le agarró una oreja con la mano izquierda.

—Mírenme bien, que este espectáculo sólo lo presento una vez al año. Lo primero, se agarra la oreja, y pa que no estorbe, se la corta de un tajo limpio, y...

—¡No, no, no! —aulló Spencer Maxwell—. ¡Se lo diré, se lo diré, yo soy el que buscan, yo soy!

—Malditos sean tus huesos —refunfuñó Pantaleón—. ¡Podías haber esperado a que te cortase el pelo a estilo apache, so mamón!

—Vuelva a su silla, Maxwell —dijo Diego.

Delaney retiró el pie, y Pantaleón se apartó como de muy mala gana. Maxwell se puso en pie, y fue a dejarse caer en la silla, demudado, desenchajado el rostro.

—¿Se dio cuenta, Maripepa? —dijo Pantaleón—. ¡Ha llevado usted una víbora cerca de los botijos!

—¡Jesús, José y María! —se persignó María Josefa.

—Os doy el corazón y el alma mía —terminó Pantaleón—. Don Diego, ¿y la de la zorrita? ¿Me puedo quedar con la cabellera de la zorrita?

—Quizá luego, si no se portan bien —dijo Diego—. Querida Gladys, ve a sentarte junto a tu papá, por favor.

—Y me lo saluda de parte de don Diego y amistades —dijo Pantaleón, todavía con el cuchillo en la mano.

Diego salió por fin de detrás del mostrador, agarró una silla, y se sentó ante los Maxwell, con el respaldo por delante. Los demás estaban mudos de espanto.

—Pos bueno, vamos a platicar... ¿Cómo se llaman ustedes en la puritita verdad?

—Ella se llama Gladys Maxwell —murmuró el falso Maxwell—. Yo me llamo John Silverton.

Oversham alzó vivamente la cabeza.

—¿John Black Silverton? —exclamó.

Silverton le dirigió una turbia mirada y exclamó:

—Sí.

—Hijo de puta —deslizó Oversham, bajando del mostrador—. ¡Te voy a hacer pedazos!

—Tranquilo, Oversham —dijo Diego—. Silverton y yo vamos a hacer un trato.

—¿Un trato con esa víbora? Te lo advierto, don Diego, es puro veneno, el criminal más grande que en los últimos diez años ha tenido Texas. ¡Lleva diez años matando, asesinando, violando...!

—Sé bien todo lo que se dice de John Negro Silverton —dijo Diego—. Pero ahora vamos a hacer un trato con él. Bien, Silverton, ya lo ha oído. ¿Le interesa un trato?

—¿Qué trato?

—Está claro que usted es quién iba a proporcionar el dinero a algunos mexicanos que están preparando esa revolución, y que con ese dinero, ellos iban a comprar armas para empezar. ¿Es así?

—Sí.

—¿A cambio de qué?

—De algunas tierras que ellos quitarán a los campesinos mexicanos.

Pantaleón palideció, y se acercó a Silverton como un alacrán.

—¡Don Diego, déjeme que le patee las entrañas...!

—No. Ya he dicho que haremos un trato con Silverton; Y éste es el trato. Silverton: usted y Gladys podrán marcharse de aquí después que nosotros, sanos y salvos. A cambio de eso, de sus vidas malditas, nos va a escribir los nombres de esos dirigentes revoltosos. Y si está pensando en escribir unos nombres cualquiera para engañarme, olvídalo, porque Demetrio cuidará de ustedes el tiempo que haga falta, teniéndolos bien escondidos aquí, hasta que yo le envíe recado de que todo era verdad. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

—Muy bien. Ahora, necesitamos papel y lápiz.

—Yo... yo tengo... de eso... —tartamudeó Dennis Locker.

—Claro —sonrió Diego—. Para hacer números, señor banquero. Pásele las cosas a Silverton.

Éste las tomó, y miró hoscamente a Diego.

—¿Y qué garantía tengo yo de que usted cumplirá su palabra? —gruñó.

—Pues eso mismo: mi palabra. ¡Y cuidado con lo que dice!

Silverton apretó los labios, y comenzó a escribir. Tendió el papel a Diego, que leyó los nombres; y asintió con un gesto. Con otro, atrajo a Pantaleón, al que tendió el papel.

—Te me vas a México y...

—¡No! ¡Yo no! ¡Don Diego, no me haga eso, no!

—¿Qué te pasa ahora?

—Que van a venir los amigos de estos bichos, don Diego... ¡Qué van a venir, y yo no voy a estar aquí pa recibirlos!

—Podríamos... marcharnos todos ahora mismo —sugirió tímidamente Locker.

—No señor —movió la cabeza Diego—. Pantaleón sabe que ya no podemos marcharnos, pues deben estar por estos lugares, y verían la diligencia. Entonces, estaríamos en desventaja si nos atacaban, lo que harían con toda seguridad. En cambio, si nos quedamos aquí, estaremos mejor protegidos, y podremos resistir su ataque. Y hasta con un poco de suerte, pronto nos llegará ayuda, pues no creo que las autoridades se hayan quedado esperando que la diligencia aparezca sin más, así que también la estarán buscando. Pero por si las cosas se ponen mal, Pantaleón se va ahora a México con esta lista, para que allá metan en cintura a esa gente, antes de que las cosas se compliquen si han conseguido mientras tanto armas en otra parte o por otros medios. ¿Está esto claro, Pantaleón?

—Mi señor don Diego, que lo que yo quisiera...

—Vete a México.

—Sí, mi señor don Diego.

El menudo mexicano se guardó el papel, y no poco mohíno, se dirigió hacia la puerta.

—Parece a punto de llorar —dijo Oversham.

—No te metas con él, hombre, que no es el momento —dijo Colby.

—Claro que no —dijo Delaney—. ¿No ves que deja sólito e indefenso a su amado don Diego?

—Cabrones —dijo Pantaleón.

Y salió de la posada. Diego se acercó a una ventana, vio a Pantaleón meterse en la cuadra, salir al poco a caballo, y galopar hacia el Norte. Perfecto: era el mejor modo de no tropezarse con nadie inquietante. Sólo tenía que dar un amplio rodeo y galopar luego hacia el Sur. Perfecto.

Por el Este comenzaba a verse ya un levísimo resplandor violáceo, casi rojo.

Diego hizo una seña a los tres tejanos, y éstos le comprendieron en el acto. Tres minutos más tarde, Gladys y Silverton estaban sólidamente atados de pies y manos a sus sillas. En las ventanas había ya un resplandor intensamente rojo. Demetrio apareció en la sala, procedente de la cocina.

—Oye, Pantaleón, dime si... ¿Dónde está Pantaleón?

—Ha huido, el muy cobarde —dijo Colby.

—¿Cómo que ha huido? ¿Pantaleón?

—Sí señor, el gran Pantaleón. ¿Verdad; muchachos?

—Verdad —dijeron a la vez Oversham y Delaney.

—Y una mierda —sonrió Demetrio—: Con perdón. Pero si no está, pues no está. Sólo quería preguntarle si tan temprano también quería chile... Bueno, mi señor don Diego, puedo servir el desayuno cuando usted ordene.

—Ya —dijo Diego—. Pero recuerda que la señorita Salvatierra no quiere nada. ¿Verdad, niña Rosario?

Rosario de Salvatierra se mordió los labios, y bajó la mirada. Oversham salió de la posada, y regresó al poco, cargado con las armas del fallecido Davidson y las de Fergus y Cronwell. Entregó a los últimos las suyas, y el revólver de Davidson a Dennis Locker, que se quedó mirándolo aturdido.

—Van a venir siete hombres peligrosos —dijo Oversham—. Y como es de suponer que ustedes ya han comprendido quiénes son aquí los buenos y quiénes los bandidos, voy a necesitar su ayuda.

—¿Usted? —se desconcertó Locker—. Pero... pero si son ustedes cuatro y...

—No —negó Oversham—. Aquí nos vamos a quedar solamente ustedes y yo, para dirigirlos. Don Diego, Colby y Delaney se van con el fin de intentar evitarles riesgos a ustedes. ¿Lo entiende, señor Locker?

—No... No. ¡Si ellos se van seremos tres menos...!

—Señor Locker, don Diego no se va a cualquier sitio, sino al encuentro de esa banda, para intentar evitar que lleguen aquí y nos baleen la posada y alguna bala pueda herir a alguno de ustedes... ¿Lo entiende ahora?

—Pe... pero... entonces ellos serán... sólo tres contra... contra siete, en... en campo abierto...

—Así están las cosas.

—¡Los van a matar!

Oversham sonrió, muy divertido al parecer. Colby y Delaney ya habían salido, y Diego estaba en la puerta, mirando a Rosario de Salvatierra, que lo

miraba a su vez a él con los ojos muy abiertos. Tras un titubeo, Diego se acercó a Rosario, le alzó la barbilla y la besó en la boca.

—Quedo a los labios de usted, niña Rosario —murmuró.

Se volvió, le hizo un gesto de despedida a Oversham, y salió en pos de Colby y Delaney. Tres minutos más tarde, en la roja mañana recién empezada, el mexicano y los dos tejanos, se alejaban de la posada del mexicano Demetrio, frente a la cual, bien visible y sin caballos, estaba la diligencia.



## CAPÍTULO IX

—¡La he visto! —llegó gritando Stacey—. ¡He visto la diligencia!

Desmontó velozmente ante los tres hombres que le esperaban junto a un grupo de rocas, donde se habían ido reuniendo, según lo convenido, después de pasarse la noche en busca de la diligencia.

—¿Dónde está? —exclamó Masters.

—En un parador bastante alejado del camino... ¡Está allí mismo, sin caballos, bien a la vista! Los caballos deben estar en la cuadra...

—No entiendo esto —murmuró Masters—. ¡No lo entiendo! Y si lo entiendo, se me llevan los demonios.

—¿Por qué? —gruñó Body—. La hemos encontrado, ¿no?

—La diligencia, sí, pero... ¿y el dinero?

—Pues el dinero estará eh la diligencia —dijo Humboldt.

—Claro —le apoyó Body—. ¡Ahí debe estar!

—No sé —murmuró Masters—. No sé.

—¿Cómo que no sabes? —refunfuñó Stacey—. La cosa está bien clara, hombre. Debieron tener alguna avería, se desviaron del camino hacia esa posada, que el conductor debía conocer, y como se les hizo tarde han pasado la noche allí.

—¿Con setenta y cinco mil dólares en el techo de la diligencia? —gruñó Masters—. ¿Pasarías tú la noche ahí si fueses el conductor o el guarda... o continuarías el viaje hacia Laredo fuese a la hora que fuese, con tal de entregar cuanto antes ese dinero?

Los tres forajidos quedaron silenciosos, mirando a su jefe, que lo era con sobrados motivos.

—Y otra cosa —añadió Masters—: ¿por qué Davidson no vino a advertirnos, si iban a pasar la noche ahí?

Stacey recordó algo que le había llamado la atención, pero que había desdeñado debido a la excitación producida por el hallazgo de la diligencia.

—Había unos cuantos cuervos por allá cerca —susurró.

—¿Qué?

—Cuervos. Como si hubiera cerca del parador una res muerta, o algo así.

—¿Y eso qué importa? —dijo Humboldt.

—Puede importar mucho —dijo Masters—. Quizá no sea una vaca muerta lo que hayan visto los cuervos. Quizá sea Davidson. Algo ha tenido que pasar, si él no ha venido a buscarnos para llevarnos hasta el dinero. Sí, puede que sea Davidson... ¿No viste ninguna persona por allá, Stacey?

—No. Pero están dentro: salía humo del parador, por la chimenea.

—Está bien... No creo que Nivers, Crickett y Nickers tarden mucho en reunirse con nosotros. Los esperaremos.

—Podríamos empezar nosotros a...

—No. He dicho que los esperaremos.

Se sentó en el suelo y los demás hicieron lo mismo. Stacey lió un cigarrillo. Estaba apenas a la mitad cuando alzó la cabeza vivamente. Los demás hicieron lo mismo.

—Ahí llegan —sonrió secamente Masters—. Vamos a prepararnos... Stacey, echa un vistazo.

Stacey tiró el cigarrillo, y se acercó al borde de las rocas. A lo lejos, como difuminados en una niebla rojiza, vio a los tres jinetes, que cabalgaban muy separados y sin prisas. Le dio la impresión de que estaban batiendo el terreno. Achicó los ojos, concentrando la mirada. De pronto, se volvió.

—No son ellos —dijo—. ¡Seguro, no son ellos!

Masters se apresuró a mirar a su vez. Dos de los jinetes podían ser cualquiera de sus compinches, pero el sombrero de uno de ellos fue definitivamente revelador; ninguno de sus amigos llevaba, un sombrero así, de copa plana, ni cabalgaba de aquel modo. Se volvió, echando un vistazo más concreto a su posición: mientras ellos estuviesen allí y los jinetes que se acercaban estuviesen al otro lado de las rocas, los tendrían a tiro y a su merced. Otra cosa sería si los tres jinetes consiguieran dar la vuelta..., pero ya se iba a encargar él de que no la dieran.

Sacó el rifle de la funda, y los demás no necesitaron palabras para comprender, ni para imitarlo cuando se apostó, entre dos rocas que permitían el paso del cañón del rifle. Buscaron posiciones similares, y clavaron su mirada en los jinetes.

Tan sólo que avanzarán un centenar de metros más, los tendrían fácilmente a tiro.

\* \* \*

Diego detuvo su caballo, y se quedó mirando la formación rocosa de escasa elevación que parecía flotar sobre un caldo rojizo en el áspero terreno. A su derecha, a unos cien metros Delaney se detuvo también, y lo mismo hizo Colby, a la izquierda. Diego los miró, y los hizo a ambos la misma seña, alzando un brazo y describiendo unos giros con un dedo. Inmediatamente, Delaney y Colby comenzaron a separarse más de él, galopando en semicírculo para evitar aproximarse a la formación rocosa. Diego retiró el rifle de la funda, desmontó y dio una palmada a su caballo.

—Aléjate, «Miamigo». Ya te llamaré luego.

El caballo se alejó, con un alegre trotecillo... Diego miró hacia Colby... en el preciso momento en que sonaba el estampido del rifle y Colby saltaba de la silla. Diego se tiró de bruces al suelo, volviendo la cabeza hacia Delaney, al que vio desmontar apresuradamente, reluciendo en su mano el rifle. Pálido, volvió a mirar hacia Colby, pero no podía verlo, pues las arrugas del terreno y algunos matorrales se lo impedían. Mientras tanto, por encima de él habían pasado silbando agudamente varias balas. Diego giró, y volvió a mirar hacia Delaney... al que tampoco vio. En el llano parecían rebotar por todas partes los estampidos de los disparos, como un eco prodigioso con el cielo por techo. Un cielo en el que hacía rato se veían las manchas negras de los Cuervos.

Diego se arrastró en dirección a Colby, brincando sorprendentemente cada vez que, cerca de él, rebotaba alguna bala alzando un violento surtidor de polvo y piedras. En determinado momento, el rojo sol hizo lanzar destellos a algo entre las rocas. Diego se echó el rifle al hombro, apuntó apenas y disparó... Un hombre apareció por un instante entre las rocas, alzando los brazos y lanzando el rifle hacia lo alto. Diego vio su rostro como una mancha roja, pero quizá fuese debido al sol...

Giró tres o cuatro veces rápidamente, y se detuvo tras un reseco matorral.

—Colby —llamó—. ¡Colby!

La voz del tejano le llegó desde unos, treinta metros:

—¡Estoy bien; don Diego! ¡Sólo me han dado en una pierna!

—¡No te muevas de ahí!

—¡Toma, ni tú tampoco! —rió el tejano.

Diego sonrió ceñudamente. Habían dejado, de disparar contra él, pero se oían algunos disparos por el lado donde estaba Delaney... También por ese lado dejaron de oírse disparos. Diego emitió un silbido súbitamente roto. Enseguida, le llegó un silbido idéntico desde la posición de Delaney, Bueno, al menos el tejano estaba vivo. Diego se quitó el sombrero, lo dejó a un lado,

y continuó arrastrándose, pegado el vientre al terreno. Dos metros por delante de él una bala rebotó agudamente, y enseguida dos más, buscando su cuerpo. Giró de nuevo hasta encontrar otra posición relativamente protegida. Él no podía ver a sus atacantes, pero si éstos querían verlo a él tendrían que subirse a las rocas tras las que se protegían.

—Y apuesto las bolas a que no lo hacen —dijo Diego.

—¿Qué? —le llegó la voz de Colby, más cerca que antes.

Diego iba a contestar, pero oyó el galope de varios caballos. Tres o cuatro... No, cuatro, no. Tres, seguro.

«De modo que se habían separado —pensó—, y se estaban reuniendo ahí... Y al oír los disparos, los que todavía no habían llegado se han dado prisa... ¡A ver si llegan como tontos!».

Llegaron como tontos. Los vio por un instante por detrás de la formación rocosa. Luego, sólo vio a uno... Desde su izquierda llegó el estampido del rifle de Colby, y el jinete que estaba visible saltó de la silla como arrancado por una coza. Los otros dos jinetes pudieron desmontar tras las rocas.

«Bueno, si eran siete, ahora sólo son cinco, porque estoy seguro de que le di a uno, y Colby acaba de darle a otro... Son cinco. Pero suficientes, en esa posición».

Un silbido interrumpió sus pensamientos. Un silbido que no procedía de Colby ni de Delaney, sino de bastante más lejos y por detrás de la formación rocosa. Diego lanzó una imprecación.

—¡La madre que te parió! —aulló—. ¡No!

Oyó la risa de Colby.

—¡Ahí lo tienes, don Diego! —dijo el tejano—. ¡El pequeño escorpión no estaba muy lejos, después de todo! ¡Ahora van a ver lo que es bueno!

Un agudo grito parecía estar flotando ya en la escasa neblina roja del amanecer. Casi enseguida, retumbó un rifle, y por detrás de las rocas saltó un hombre, chillando... Desde su posición, Delaney lo cazó al vuelo, haciéndole describir una extraordinaria vuelta en el aire, pero ya mudo.

Diego se puso en pie, y echó a correr, inclinado, hacia la formación rocosa. Un hombre se mostró de medio cuerpo para arriba, apuntándole con el rifle. Colby disparó, y la cabeza del hombre reventó espectacularmente, salpicando de sangre las rocas. El hombre cayó hacia atrás como si fuese de plomo.

Retumbó otro disparo, y Diego saltó en el aire y cayó de vientre, casi perdiendo el conocimiento debido más al golpe contra el suelo que al impacto

de la bala en su costado derecho. Metió la mano allí y la retiró manchada de sangre.

—¡Pantaleóooooooooon! —gritó—. ¡Márchate, so pelao...!

Dos balas rebotaron a menos de un metro de Diego, y pasaron zumbando, vibrando, como aullando, por encima de su cabeza. Por detrás de la formación rocosa sonó otro disparo de rifle. En la formación rocosa resonó un grito de agonía.

—¡Que no se va! —rió Colby—. ¡Que no se va, don Diego!

Un hombre salió corriendo de la formación rocosa, saltando sobre un caballo... Diego movió el rifle, disparó, y el hombre saltó todavía más pasando por encima del caballo y cayendo de cabeza al otro lado, sobre una roca.

Y de pronto, el silencio total.

Hasta que sonó la voz de Pantaleón, al otro lado de las rocas, lejos:

—¡Don Diegoooooooo...!

—¿Qué quieres, mamooooooooon?

—¡Que sólo queda uno, y está escondido como un conejo! ¿Se lo queda usted o es pa mí?

—¡Vete al carajo! —aulló Diego.

Se puso en pie. Más allá lo hizo Delaney, y cerca de Diego, Colby, que comenzó a caminar renqueante hacia las rocas. El que estaba más cerca de éstas era Diego, así que fue el primero en llegar. Se colocó detrás de una, y dijo:

—¡Hey, compadre! ¡Será mejor que salga con los brazos bien altos! ¿Me ha oído?

Silencio.

Diego rodeó las rocas, en busca de un hueco por el que mirar. No veía a nadie en ningún momento. Delaney y Colby se habían detenido, y apuntaban con sus rifles hacia allí. Si el sujeto aparecía por encima de las rocas era hombre muerto.

Diego encontró por fin la juntura de dos rocas, y echó un rápido vistazo. La imagen pareció quedar grabada a fuego en su mente: un solo hombre, en efecto, provisto de un rifle, estaba apuntando hacia la parte de atrás de las rocas, Diego volvió a mirar, se alzó sobre las rocas, a espaldas del hombre, y entonces, a lo lejos, vio a Pantaleón, acercándose, encogido... pero a la vista del último forajido. Diego palideció, pero no vaciló ni un instante.

—Hey, compadre —dijo.

El hombre respingó, se volvió, le encaró con el rifle... La bala disparada por Diego con el revólver le acertó en el centro de la frente, impulsando la cabeza con tal fuerza hacia atrás, que chascó contra las rocas como si fuese un melón. Al rebote, Masters quedó tendido de bruces, con la coronilla destrozada por el golpe contra la roca y por la salida de la bala que había entrado por su frente.

—¡Pantaleón, maldito seas! —gritó Diego.

—¿Ya lo peló, don Diego?

—¡Que te mueras, so...!

Pantaleón encogió los hombros, se alejó en busca de su caballo, y luego galopó hacia Colby, rodeando las rocas. Colby se quedó mirándolo irónicamente.

—¿Y pues, pelón? ¿No estabas camino de México?

—Ojalá te muerda las bolas una serpiente —dijo Pantaleón—. ¿Puedes caminar?

—No te preocupes por mí, hombre.

—Tá bueno.

Delaney había recuperado su caballo, y cabalgaba hacia Colby, mientras Diego, en lo alto de las rocas, silbaba a su caballo, que acudió dócilmente, con alegre trotecillo.

El último en llegar a las rocas fue Pantaleón, que había recogido el sombrero de Diego.

—Mi señor don Diego, su sombrero no más.

—¡Melón del demonio...!

—Pos don Diego, es que vi a tres tipos cuando ya iba pal Sur, y no me gustaron, y vi que venían paquí, y me dije que si los seguía pos a lo mejor hacía algo inteligente, y luego los vi que llegaban adonde había tiros no más, y entonces...

—¡Debería arrancarte las orejas!

—Sí, señor —sonrió Pantaleón—, pa usted si las quiere.

Colby y Delaney se echaron a reír.

## ESTE ES EL FINAL

Rosario de Salvatierra y María Josefa estaban sentadas en el porche de la casa de los Salvatierra aquella tarde de cálido sol cuando apareció el jinete. La primera en verlo fue Rosario, y se quedó mirándolo fijamente. María Josefa acabó por darse cuenta, y siguiendo la dirección de la mirada de Rosario, también vio al jinete.

Era inconfundible. Así que no hubo sorpresa, cuando Pantaleón, tras bajar por la suave loma, llegó ante el porche, se quitó el sombrero y saludó:

—Ave María Purísima, doñas.

—Sin... sin pecado concebida... —tartamudeó María Josefa.

—¿Cómo le va, Maripepa? ¿Y a mi señora doña Rosario?

Rosario, que estaba mirando hacia la loma cercana a la casa; volvió a mirar a Pantaleón.

—¿Ha venido usted solo? —murmuró.

—Pos bueno, yo pasaba por aquí, y me dije que como estaba pisando tierra de la hacienda Salvatierra, pues sería de gran cortesía saludar a personas tan principales. ¿Terminaron bien el viaje? ¿El señor Locker puso su banco, no más? ¿Todo fue bien? Lo que sí supe es que ahorcaron a Silverton, ¡lindo premio! Y que la rubia señorita Maxwell se está pudriendo en...

—Oh, Dios mío —gimió Rosario—. ¿Dónde está Diego?

—Pos verá usted, mi niña —dijo Pantaleón, bajando la mirada—. Lo cierto es que ya no habrá revolución mala, porque nosotros y las autoridades les dimos su merecido a los que...

—¿Dónde está Diego? —casi gritó Rosario, poniéndose en pie.

—Pos verá usted, mi niña... A veces, alguna bala que no sabe qué hacer pos va y se mete en el cuerpo que no la merece y... Bueno, son cosas que pasan...

—Virgen Santísima —gimió María Josefa.

Rosario se dejó caer en la mecedora. De pronto, sus piernas habían perdido toda la fuerza. Se quedó inmóvil, pálida como un cadáver. Pantaleón

alzó la mirada, y vio las lágrimas deslizándose por el terso rostro de la bellísima mexicana.

—Pos entonces —murmuró—. ¿Acaso se enamoró usted de mi señor don Diego, a quien Dios acoja en su Gloria?

Rosario se llevó las manos a la cara, y rompió a llorar.

—Virgen de Guadalupe —gimió María Josefa—. ¡Mi pobre niña, que sólo ha estado viviendo pensando en su vuelta!

—¿En mi vuelta? —preguntó Pantaleón.

—¡En la de don Diego!

—Ah. Eso es otra cosa. Así, sí.

Pantaleón se volvió en la silla, mirando hacia la loma, y emitió un silbido. Al instante, cuatro jinetes aparecieron descrestando la loma, y uno de ellos comenzó a descender lentamente. Pantaleón desmontó y subió al porche.

—Maripepa, florecita de nopal, que tengo una sed que me muero... ¿Tiene su merced algún botijo? Bueno, ya veo dos, pero lo que yo quiero decir es de agua... Claro que si hubiera un poquito asina de tequilita, no más...

Acabó por guiñarle un ojo. Rosario se había puesto de pie y miraba al jinete que se acercaba solo. De pronto, su rostro bañado en lágrimas pareció llenarse de luz.

—Diego —susurró.

—¡Es usted un melón, mi señor don Pantaleón! —estalló María Josefa—. ¿Me oyó? ¡Todo un gran melón podrido...!

—¡Diegooooo! —gritó Rosario.

Se recogió la falda, saltó del porche y echó a correr hacia el jinete, erguido sobre el caballo negro, inconfundible su sombrero de copa plana.

—¡Dieeeeegooooo...!

—Pos bueno —dijo Pantaleón—, está bien, yo soy un melón y un pelón, pero cuando me acordaba de sus botijos me decía: pos en cuanto tenga sed, me voy pa la hacienda de los Salvatierra a pedir de beber, aunque sea agua. Pero si hubiera un tequilita...

—¡Un demonio! —exclamó María Josefa.

Se volvió, tras guiñarle de nuevo el ojo a María Josefa.

Rosario había llegado junto a Diego, y éste la subió con fácil gesto a la silla; sentándola ante ella. En lo alto de la loma, Oversham, Delaney y Colby sonrieron, e iniciaron el descenso. En el porche, Pantaleón se volvió ahora hacia María Josefa... que miraba como hipnotizada a Diego y a Rosario besándose.



—Ahorita sí —dijo Pantaleón—. ¡Ahorita sí le gusta la cosa a la niña! Y es que, Maripepa, es mucho Diego mi señor don Diego, a quien el Buen Dios acoja en su seno... cuando le llegue la hora, no más.

—Amén —rió Maripepa.

FIN